



JOSEPH BERNA

¡MORDED, VAMPIROS, MORDED!

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

386 — El clan de la calavera, *Joseph Berna*.
387 — Aliento de ultratumba, *Lou Carrigan*.
388 — La reencarnación de Carol Merrill, *Adam Surray*.
389 — Diario escrito en la tumba, *Clark Carrados*.
390 — Cazadores de fantasmas, *Joseph Berna*.

JOSEPH BERNA

¡MORDED, VAMPIROS, MORDED!

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 391
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 19.944 - 1980
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: agosto, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

Corría el mes de octubre y la noche era realmente infernal.

Hacía más de dos horas que la terrible tormenta había estallado, sucediéndose los relámpagos y los truenos, mientras el agua se desplomaba sobre la región como si fuera una catarata.

A cada relámpago, el cielo se iluminaba, dando un toque fantasmal a la hilera de cipreses que circundaba el cementerio de Layton, pequeño pueblo ubicado a unos sesenta kilómetros de Londres.

Por si fuera poco, el viento llegaba en forma de remolinos, amenazando con engullir a todo aquel que se atreviese a caminar en aquella noche de perros.

Nadie, con toda seguridad.

Había que estar loco de remate para atreverse a desafiar una tormenta tan espantosa como aquélla.

En la caseta que se hallaba a la entrada del cementerio, tras las verjas de hierro, unidas por un grueso candado, William Daly, el vigilante que realizaba el turno de noche, se hallaba realmente asustado.

William era un hombre ya mayor, cincuenta y tantos años de edad, bajo de estatura, falto de carnes, rostro afilado como un cuchillo.

A través de la ventana de la caseta, contemplaba aquella especie de diluvio, y si los relámpagos le obligaban a estremecerse, los ensordecedores truenos le hacían temblar de pies a cabeza.

—¡Qué tormentón, Dios mío! —exclamó, tras el último trueno, y se llevó a la boca la botella de whisky que sostenía en la mano derecha, atizándose un buen latigazo.

Era lo único que podía hacer para quitarse el miedo de encima.

Lo malo es que no parecía dar resultado, pues la botella ya estaba casi por la mitad, y William Daly se hallaba cada vez más asustado.

Hallarse rodeado de tumbas y muertos, en plena noche y solo, no le daba miedo, porque ya se había acostumbrado, pero aquella larga y aparatosa tormenta...

Hubo un nuevo relámpago, cuyo resplandor iluminó el cementerio entero.

—¡Ay, ahora viene el trueno gordo de la traca! —gimió William, aterrado, y cerró los ojos apretadamente.

El trueno, en efecto, fue de los más potentes, y no sólo hizo temblar al vigilante nocturno, sino los cipreses, las tumbas y la tierra que las rodeaba.

A William casi se le cae la botella de whisky de las manos.

Inmediatamente se atizó otro trago de licor, más largo aún que el anterior, sin detenerse a pensar que podía pillar una trompa como un sereno.

Aunque lo hubiera pensado habría empinado el codo igual.

William Daly prefería estar borracho que asustado.

Otro poderoso relámpago...

Otro escalofriante trueno...

Y, esta vez, la cosa fue peor.

Sí, porque el rayo fue a caer en pleno cementerio, justamente sobre una de las tumbas.

William dio un grito de terror, al pensar que la potente chispa eléctrica hubiera podido muy bien caer sobre la caseta en la que él se refugiaba y hacerla pedazos.

El siguiente relámpago, menos terrorífico que los dos últimos, permitió a William Daly comprobar que la tumba alcanzada por el rayo era la de Elizabeth Holmes, una mujer que llevaba enterrada más de doscientos años, y que murió bastante joven, cuando sólo contaba veintiocho años de edad, a causa de una misteriosa enfermedad que los médicos de su época no supieron diagnosticar, pese a lo mucho que se esforzaron.

La chispa eléctrica no sólo había pulverizado la lápida de mármol que cubría la tumba, sino también la bonita cruz que se levantaba junto a ella, abriendo, además, un profundo hoyó en la tierra.

Como si hubiera caído una bomba, vamos.

William Daly, desde el interior de la caseta, no podía asegurarlo, pero estaba por jurar que el ataúd de Elizabeth Holmes había quedado visible.

En efecto, así era.

Casi toda la tierra que lo cubría había sido levantada por el rayo, y la cortina de agua caía ya sobre el féretro, amenazando con inundar rápidamente el hoyo.

—Pobre señora Holmes, menos mal que está muerta... —murmuró William, que temblaba como un flan.

Se disponía a darle nuevamente a la botella, cuando otro relámpago iluminó el cementerio.

Esta vez, a William Daly sí le cayó la botella de whisky de las manos, haciéndose añicos al chocar contra el suelo y desparramándose todo el licor.

No era para menos.

Aunque el resplandor del relámpago había durado sólo unos pocos segundos, William tuvo tiempo de ver algo que había helado la sangre que corría por sus venas.

¡La tapa del ataúd de Elizabeth Holmes se estaba levantando!

¡El féretro se había abierto solo!

¡Parecía cosa del diablo!

William Daly trató de decirse que no, que él no había visto tal cosa, que todo era producto de su miedo o del exceso de whisky ingerido.

Un nuevo relámpago, sin embargo, vino a demostrarle que el increíble hecho había sucedido realmente.

El ataúd de Elizabeth Holmes estaba abierto.

Y, lo que aún resultaba más aterrador: alguien estaba saliendo de él.

Una mujer.

Alta.

Hermosa.

Pelo negro, muy largo.

Se cubría con un camisón blanco, el cual, empapado por la torrencial lluvia, se adhería al cuerpo de la mujer, marcando descaradamente todas y cada una de sus formas.

Y qué formas...

Ya las quisieran para sí muchas de las mujeres que se ganan la vida haciendo strip-tease.

Como los relámpagos y los truenos continuaron sucediéndose, el estupefacto William Daly, con unos ojos tan abiertos que parecía que iban a saltarle de las cuencas de un momento a otro, pudo ver cómo la mujer del pelo negro salía del hoyo en el que descansaba su ataúd y caminaba lentamente hacia la caseta en donde él se protegía de la impresionante tormenta.

El viento seguía soplando fuerte y en forma de remolinos, pero, sorprendentemente, apenas hacia mella en la mujer salida del féretro.

Como la mujer aparentaba unos veintiocho años de edad, el atónito William Daly pensó en Elizabeth Holmes.

¡Tenía que ser ella!

¡Había salido de su ataúd!

El vigilante nocturno del cementerio cerró un instante sus asombrados ojos.

¿Cómo era posible aquello?

¿Cómo podía volver a la vida una mujer que había muerto hacía más de doscientos años?

¡Y tan fresca y tan lozana como cuando falleció!

No, no podía ser.

De Elizabeth Holmes sólo quedaría su esqueleto.

Lo demás, se lo habrían zampado los gusanos hacía ya muchos años.

Debía tratarse de una pesadilla.

Una horrible y espantosa pesadilla.

William Daly abrió los ojos, confiando en que la sorprendente imagen de la mujer del camisón blanco hubiese desaparecido.

No fue así.

La mujer seguía acercándose a la caseta, con paso lento, pero firme y seguro.

El vigilante, aterrorizado, continuó quieto como una estatua.

La mujer alcanzó la caseta, abrió la puerta, y se introdujo en ella, cerrando tras de sí.

Miró al paralizado William Daly.

De pronto, sus labios, faltos de color, se distendieron en una amplia sonrisa, dejando al descubierto unos colmillos realmente terroríficos.

Esto, la visión de aquellos colmillos largos y agudos, más propios de un lobo que de un ser humano, motivó que el vigilante del cementerio sufriera un

desmayo y se desplomara como un saco de patatas, quedando totalmente a merced de Elizabeth Holmes, la mujer que había vuelto a la vida después de más de doscientos años muerta.

CAPÍTULO II

Buck Nolan estaba empezando a arrepentirse de haber abandonado su amplio y confortable apartamento de Londres para dirigirse a la antigua casa que no hacía mucho había adquirido a sólo cuatro kilómetros de Layton.

Buck contaba veintiocho años de edad, tiraba más a alto que a lo otro, tenía un peso proporcionado a su talla, y poseía un rostro agradable.

Buck Nolan era escritor, y sus novelas, que en un principio no se vendieron demasiado bien, quizá debido a la falta de una adecuada promoción por parte de sus editores, se vendían ahora como rosquillas, proporcionándole unos ingresos realmente importantes, que le habían permitido comprar el magnífico apartamento en el que ahora vivía y aquella antigua pero bien conservada casa que se alzaba muy cerca de Layton.

Buck solía pasar los fines de semana en ella, tranquilo, lejos del mundanal ruido, gozando del sol y del aire puro del campo.

Desgraciadamente, parecía que no iba a ser así aquel fin de semana, que empezaba con una tormenta de esas que suelen recordarse durante años.

El caso es que, cuando salió de Londres, nada hacía sospechar que iba a haber un tormentón tan terrible como el que empezó a descargar cuando ya él se hallaba a tan sólo veinte kilómetros de Layton.

Veinte kilómetros que tardó más en recorrer que los otros cuarenta, pues la carretera era francamente mala para circular por ella con una lluvia tan intensa, y Buck Nolan se veía obligado a conducir a muy poca velocidad.

Por fin, divisó su casa.

Una casa bastante grande, de dos plantas, con luz eléctrica, agua corriente y teléfono.

Buck Nolan detuvo su coche, un magnífico Citroën-GS plateado, frente al amplio porche de la casa.

Salió rápidamente del vehículo, sin olvidarse de coger el maletín que descansaba en el asiento, junto a él.

Aunque sólo tardó dos o tres segundos en apearse del coche y resguardarse de la lluvia bajo el porche, el agua casi empapó su jersey, negro, de cuello alto, y sus pantalones de pana, marrones.

—Maldita lluvia... —rezongó, dándose mucha prisa en abrir la puerta de la casa y penetrar en ella, pues el fuerte viento lanzaba el agua hacia el interior del porche.

Buck Nolan accionó el interruptor de la luz, pero la casa no se iluminó.

Sin duda, a causa de la peligrosa tormenta, habían cortado el suministro de energía eléctrica.

Buck no tuvo más remedio que recurrir a su encendedor.

Alumbrándose con la llama del mismo, que él reguló para que alcanzara su máxima intensidad, cerró la puerta de la casa y se adentró en ella, en busca del quinqué que descansaba sobre la repisa de la chimenea.

Buck levantó el tubo de cristal, aplicó la llama de su encendedor a la mecha, empapada de petróleo, y el viejo quinqué quedó encendido, iluminando el amplio salón.

Después de colocar nuevamente el tubo de cristal, Buck Nolan abrió su maletín y extrajo de él una vistosa bata y unas cómodas zapatillas de paño.

Era lo primero que debía hacer, quitarse aquellas ropas mojadas y ponerse la bata.

Se despojó del jersey, de la camisera de manga corta y de los pantalones, conservando sólo el slip.

Se quitó también los zapatos y los calcetines.

Ya en bata y zapatillas, Buck encendió la chimenea, extendiendo seguidamente sus ropas cerca del espléndido fuego, para que se secaran antes.

Concluida la tarea, Buck Nolan se acercó al mueble de las bebidas y escanció coñac en una copa, sentándose luego en un sillón, a no más de dos metros de la chimenea.

Sentía un poco de frío, pero entre el fuego y el coñac, que fue ingiriendo a pequeños sorbos, entró pronto en calor.

Ya no se arrepentía de haber dejado su apartamento de Londres para pasar el fin de semana en el campo, pues se sentía estupendamente arrellanado en aquel sillón, cerca del fuego de la chimenea y con una copa de excelente coñac en las manos.

Afuera, continuaban los relámpagos, los truenos y la torrencial lluvia, pero a él ya no le importaba.

* * *

Llevaría un par de horas en la casa, cuando Buck Nolan oyó que llamaban a la puerta.

Se sorprendió mucho.

¿Quién podría ser, de noche y con una tormenta como aquélla descargando en la región...?

Extrañado, se levantó del sillón, cogió el quinqué, y acudió a abrir, en bata, pues sus ropas continuaban extendidas cerca de la chimenea.

Buck Nolan se quedó perplejo cuando, al tirar de la puerta, se encontró a una mujer de pelo negro, hermosa, espléndidamente formada, cubierta sólo con un camisón blanco.

Bueno, lo de cubrir, es un decir.

La prenda nocturna, totalmente pegada al cuerpo de la mujer, a causa del agua que la empapaba, no sólo marcaba sus tentadoras curvas, sino que permitía vislumbrar con bastante nitidez lo que había debajo.

Los desconcertantes ojos del escritor se posaron un instante en los altos y turgentes pechos de la mujer morena, de crecidos pezones y amplias aureolas, en sus formidables caderas, en la suave curva de su vientre, en la sombra del vello que poblaba su pubis, en sus prietos muslos, largos y torneados...

Ella, chorreando agua, se dejó observar con una ligera sonrisa en los labios, pálidos, como su rostro y sus manos.

Buck Nolan, sin salir de su perplejidad, balbuceó:

—¿Quién..., quién es usted...?

—Me llamo Elizabeth —respondió la mujer, con dulce voz.

—¿De dónde sale? ¿Cómo es que va en camisón?

—Se lo explicaré si me deja, usted pasar. Estoy mojada, siento frío...

Buck se hizo rápidamente a un lado.

—Entre, Elizabeth.

Elizabeth Holmes penetró en la casa, dejando las huellas de sus pies desnudos y mojados allá donde los ponía.

Buck Nolan no pudo resistir la tentación de fijarse en el espectacular trasero femenino, que casi se podía contemplar al natural.

Un trasero alto, redondo, macizo...

Una pura tentación.

Elizabeth Holmes le miró por encima del hombro, sorprendiéndolo con los ojos clavados en su formidable grupa, pero ello, en lugar de molestarla, pareció complacerle.

El escritor se dio cuenta de que ella miraba y tosió nerviosamente.

—Acérquese al fuego, Elizabeth —indicó, echando a andar.

—Gracias —le sonrió ella, con suavidad, y caminó también hacia la chimenea.

—Yo me llamo Buck; Buck Nolan —se presentó el escritor.

—Es un placer conocerle, señor Nolan.

—El placer es mío, Elizabeth. Es usted una mujer tan hermosa...

—¿Sabe qué usted tampoco está mal?

—Muchas gracias —sonrió Buck, halagado.

Estaban ya delante de la chimenea.

Buck dejó el quinqué en la repisa y sugirió:

—Debería quitarse el camisón, Elizabeth. Está hecho una sopa...

—Sí, tiene razón —sonrió ella.

Y, ni corta ni perezosa, se bajó los tirantes del empapado camisón hacia abajo, quedando completamente desnuda ante los ojos del escritor, quien no pudo evitar que se le agrandaran.

—¿Tiene una toalla, señor Nolan? —preguntó tranquilamente Elizabeth Holmes, como si estuviera muy acostumbrada a quedarse en cueros delante de los hombres.

—¿Toalla...? —repitió Buck, que no sabía qué pensar ni qué decir.

—Sí.

—Creo que puse una en mi maletín.

—¿Me la presta para secarme, señor Nolan?

—Claro.

—Gracias.

Buck sacó la toalla del maletín y se la entregó a la mujer.

Elizabeth Holmes se secó todo el cuerpo, incluso lo más íntimo, con pasmosa naturalidad y sin ninguna prisa, logrando excitar al escritor, que la contemplaba absorto.

Se secó también el chorreante cabello.

Buck observó:

—Tiene usted la piel muy blanca, Elizabeth.

—Sí, es cierto.

—¿No le gusta tomar el sol?

—No.

—Pues los médicos dicen que es muy sano...

—No para mí, señor Nolan.

—¿Le perjudica?

—Sí; tengo la piel muy fina y delicada, y se me quema en seguida.

—Entiendo.

Elizabeth Holmes acabó de secarse la hermosa mata de pelo negro y devolvió la toalla al escritor.

—Muchas gracias, señor Nolan.

—No hay de qué.

Elizabeth se fijó en las ropas que permanecían extendidas cerca del fuego.

—También usted se mojó, ¿eh, señor Nolan?

—Sí, al salir del coche.

—Sus ropas ya están secas.

—Parece que sí.

—¿Me permite que me ponga su camiseta, hasta que se seque mi camisón? Noto que mi desnudez le pone nervioso.

—Un poco, sí —confesó Buck.

Elizabeth Holmes sonrió.

—¿Es usted tímido, señor Nolan?

—No, le aseguro que no, Elizabeth. Sin duda mi nerviosismo se debe a que es usted una mujer terriblemente deseable.

—Cómo me halaga oírle decir eso.

—Es la verdad, y usted lo sabe.

Elizabeth Holmes cogió la camiseta del escritor y se la enfundó.

—¿Qué tal me sienta? —preguntó coquetamente.

—No demasiado bien, pero le tapa todo lo que usted quería que le tapara —respondió Buck, sonriendo.

Era cierto.

La camiseta le llegaba hasta el nacimiento de los muslos, cubriendo la región pubiana y el sexo.

Elizabeth Holmes señaló la copa que ahora tenía Buck Nolan en las manos.

—¿Qué está bebiendo?

—Coñac. ¿Le sirvo, Elizabeth?

—Sí, por favor.

El escritor se acercó al mueble bar y preparó la bebida. Cuando se volvió,

halló a Elizabeth Holmes sentada en el sofá, con una pierna sobre la otra, lo cual la obligaba a mostrar parte del negro y ensortijado vello que cubría su pubis.

Buck notó que volvía a excitarse.

Elizabeth le sonrió con malicia.

—¿Viene ese coñac o no, señor Nolan?

Buck, que se había quedado parado, tosió y caminó hacia el sofá.

Entregó la copa a Elizabeth y se sentó junto a ella.

—El coñac la ayudará a entrar en calor —dijo.

—Seguro —repuso Elizabeth, y tomó un sorbo de licor.

—¿Quiere ya contarme lo que le pasó, Elizabeth?

—¿Es necesario?

—Bueno, si prefiere usted no hablar de ello...

—Fue muy desagradable, señor Nolan.

—Está bien, no me lo cuente.

—Sí, sí se lo voy a contar. No con detalle, pero quiero que usted sepa lo que me pasó. Ha sido muy amable conmigo y le debo una explicación.

—No me debe nada, pero si de verdad desea contármelo, la escucho.

—Iba a pasar la noche no muy lejos de aquí, en casa de un amigo. Bueno, tanto como amigo... La verdad es que no lo conozco demasiado. Me invitó a pasar la noche con él, y yo acepté, porque es un hombre muy apuesto y parecía simpático. Pero, cuando nos metimos en la cama, se convirtió en una fiera. Me vi obligada a huir, sin poder coger mi ropa y mi bolso.

—¿No le dio miedo la tormenta?

—Sí, pero el tipo aún me daba más, así que eché a correr bajo la lluvia. Vi esta casa, el coche en la puerta, resplandor por una ventana... Llamé, y usted me abrió. Esa es mi historia, señor Nolan.

—Una historia muy triste, Elizabeth.

—Sí.

—¿Cree que el tipo la buscará?

—No, seguro que no.

—Si viene por aquí, le partiré la cara.

Elizabeth Holmes lo miró fijamente.

—¿A qué se dedica usted, señor Nolan?

—Soy escritor.

—Qué interesante.

—¿No ha leído usted ninguna de mis novelas?

—Pues me temo que no, señor Nolan.

—No se lo perdono.

Elizabeth Holmes rio, pero separando muy poco los labios, para que Buck Nolan no viese sus colmillos de lobo.

Pero ya los vería, ya, cuando llegase el momento de morder su cuello y chupar su sangre...

CAPÍTULO III

Buck Nolan, absolutamente ignorante del peligro que corría junto a la resucitada Elizabeth Holmes, le cogió cariñosamente la mano y preguntó:

—¿Se encuentra mejor, Elizabeth?

—Sí, mucho mejor —respondió ella.

—Su mano está fría...

—No se preocupe por eso, yo siempre tengo las manos frías.

—Manos frías, corazón caliente.

—Eso dicen, sí —rio Elizabeth Holmes.

—¿Me deja que lo compruebe?

—¿Cómo, señor Nolan?

—Besándola.

—Oiga, pues es verdad que no es usted un hombre tímido.

—¿Puedo besarla o no?

—Puede —autorizó Elizabeth, ofreciéndole los labios.

Buck la besó, y el frío contacto de los labios femeninos le produjo una extraña y desagradable sensación, lo que le obligó a abreviar la caricia.

—Elizabeth...

—¿Qué?

—Sus labios también están fríos...

—¿De veras?

—Sí, muy fríos.

—Debe ser que todavía no he entrado en calor. Beberé un poco más de coñac —sonrió Elizabeth, y se llevó la copa a los pálidos labios.

Buck Nolan posó su mano sobre el muslo derecho de la mujer que había vuelto a la vida tras permanecer enterrada más de doscientos años, encontrándolo tan frío como su mano y sus labios.

Ella le miró con un brillo malicioso en las pupilas.

—¿Qué pretende, señor Nolan?

—Nada.

—Tiene la mano sobre mi muslo.

—Todo su cuerpo está frío, Elizabeth.

—Sí, lo sé.

—¿No se encuentra usted bien?

—Para todo lo que me ha pasado esta noche, todavía me encuentro demasiado bien. El susto que me dio ese degenerado con el que iba a pasar la noche, la lluvia, los relámpagos, los truenos ensordecedores...

—Yo creo que debería acostarse, Elizabeth.

—¿Me ofrece usted una cama, señor Nolan?

—Sí.

—¿La suya?

—Dispongo de varias.

—Yo quiero la suya. Y a usted en ella —pidió descaradamente Elizabeth Holmes.

—¿Está segura?

—Sí, necesito calor, señor Nolan.

—¿Sólo calor?

—Entre otras cosas —sonrió lascivamente Elizabeth, y ahora fue ella quien besó a Buck Nolan.

El escritor tuvo nuevamente aquella extraña y desagradable sensación, pero como el cuerpo de Elizabeth Holmes no tenía nada de desagradable, si se exceptuaba su frialdad, la abrazó con fuerza y le devolvió el beso.

Permanecieron casi dos minutos con las bocas unidas.

En ese tiempo, Buck acarició los muslos de Elizabeth, su cadera, y hasta se atrevió a oprimirle suavemente el seno izquierdo por encima de la camiseta, notando que ella se estremecía de placer entre sus brazos.

Elizabeth podía estar fría, pero, a menos que lo fingiera, en su interior ardía la llama del deseo y de la pasión.

Cuando separaron sus labios, Buck dijo:

—Vámonos a la cama, Elizabeth.

—Lo estoy deseando, señor Nolan.

—Llámame Buck. Y tuteémonos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —sonrió Elizabeth.

Se levantaron los dos del sofá.

Buck cogió el quinqué y tomó de la mano a Elizabeth, llevándola hacia la escalera.

Mientras subían los peldaños, Elizabeth preguntó:

—¿Es tuya esta casa, Buck?

—Sí, la compré no hace mucho.

—¿Vives siempre en ella?

—No, yo vivo en Londres; sólo paso aquí los fines de semana.

—¿Solo?

—¿Quieres saber si traigo mujeres aquí?

—Sí.

—No; hasta ahora, nunca las he traído. Tú vas a ser la primera mujer que duerma conmigo en esta casa.

—¡Que ilusión!

Rieron los dos.

Ya estaban en la planta superior.

Buck abrió la puerta de la habitación que él solía usar.

Una habitación espaciosa, con chimenea, que el escritor se apresuró a encender, después de dejar el quinqué sobre la mesilla de noche.

Mientras Buck Nolan prendía fuego a los leños, Elizabeth Holmes se despojó de la camiseta y así, totalmente desnuda, se metió en la amplia cama, tapándose hasta el cuello con las mantas.

—Te estoy esperando, Buck —dijo, en tono picarón.

El escritor, acuclillado delante de la chimenea, giró la cabeza y la miró.
—Estaré contigo en un minuto, preciosa.
—A ver si es verdad, que la cama está muy fría.
—Cuando yo me meta en ella, van a salir chispas.
Elizabeth rio alegremente, pero siempre con la precaución de no separar mucho los labios, para no delatar que era una mujer vampiro.
Buck acabó de encender los troncos, se irguió, se quitó la bata, sacó los pies de las zapatillas, y se introdujo inmediatamente en la cama.
Elizabeth se abrazó a él inmediatamente.
Buck casi dio un grito al entrar en contacto con el helado cuerpo de Elizabeth.
—¡Estás como un témpano de hielo! —exclamó, estremeciéndose.
Elizabeth rio y empezó a darle besitos por todo el rostro.
—Hazme entrar en calor, Buck.
—Sí, o de lo contrario voy a congelarme —rezongó el escritor, comenzando a friccionar vigorosamente el gélido cuerpo femenino, a apretarlo, a estrujarlo literalmente, alternando todo esto con suaves y expertas caricias a los puntos más sensibles de la mujer, para despertar su excitación.
Esto último no tuvo la menor duda de que lo había conseguido, pues Elizabeth suspiraba, gemía y se agitaba, pero su cuerpo, inexplicablemente para Buck, seguía frío.
El escritor pensó que tal vez, con el acto sexual, el cuerpo de Elizabeth entrara en calor, y la poseyó sin más demora, iniciando los movimientos copulatorios.
Elizabeth gozó como una loca, y él también gozó, alcanzando al unísono el placer supremo.
Sin embargo, Elizabeth Holmes continuó fría.
Plenamente satisfecha, pero helada.
Buck Nolan ya no sabía qué pensar.
Elizabeth Holmes sí estaba pensando en algo.
En clavarle los agudos colmillos en el cuello.
Lo tenía muy al alcance de ellos, pues el escritor seguía encima de ella, abrazándola muy quieto, relajado, tranquilo.
Elizabeth separó lentamente sus descoloridos labios y descubrió los afilados colmillos, acercándose al cuello de su víctima.
Llegó a rozarle la piel con ellos.
En el último instante, sin embargo, Elizabeth Holmes cambió de idea.
En realidad, aquella noche ya tenía bastante saciada su sed de sangre, pues había absorbido toda la que el vigilante nocturno del cementerio tenía en su cuerpo.
Buck Nolan aplacaría su sed de sangre la siguiente noche.
Y, mientras tanto, a gozar con sus vigorosos masajes, con sus besos, con sus hábiles caricias...
Sí.

Valía la pena esperar un día para chupar su sangre.

CAPÍTULO IV

A petición de Elizabeth Holmes, Buck Nolan reanudó los masajes, los apretones, las caricias y los besos, pero no logró que ella entrara en calor.

Ni siquiera cuando la poseyó por segunda vez, empleándose aún con mayor vigor que antes, si cabe.

Desalentado y rendido por la doble unión sexual, Buck Nolan se durmió en los suaves pero fríos brazos de Elizabeth Holmes.

Menos mal que el magnífico fuego de la chimenea había caldeado la habitación, porque si no...

Cuando, por la mañana, Buck Nolan se despertó, la fría y extraña Elizabeth ya no se hallaba junto a él.

Había abandonado la cama.

Antes de hacer lo propio, el escritor se desperezó largamente.

Mientras lo hacía, reparó en que la tormenta de la noche pasada era ya historia.

No se oían truenos...

No se oía la lluvia...

Incluso parecía que quería asomar el sol, a juzgar por la claridad que se filtraba por la ventana.

Buck Nolan se alegró, y recordó el viejo refrán: «No hay sábado sin sol, ni doncella sin amor».

Lo de la doncella y el amor le hizo recordar de nuevo a Elizabeth.

¿Por qué habría abandonado la cama tan temprano?

¿Qué prisa tenía?

Buck saltó también de la cama, desnudo.

No sintió ningún frío, pues, aunque los leños de la chimenea se habían consumido, el rescoldo seguía produciendo calor, y la temperatura en la habitación era realmente deliciosa.

Buck se puso el slip, metió los pies en las zapatillas, y se enfundó la bata, saliendo seguidamente de la habitación.

Bajó al salón, encontrando allí su camiseta, pero no así el camisón de Elizabeth.

¿Se habría marchado de la casa...?

No, no parecía probable.

Marcharse en camisón, y de día...

No, debía de estar en alguna otra habitación, haciendo algo.

En el cuarto de baño, tal vez.

O en la cocina, preparando el desayuno.

Se disponía a averiguarlo, cuando llamaron a la puerta.

Con golpes.

La casa debía seguir sin luz eléctrica, por eso no funcionaba el timbre.

Buck Nolan caminó hacia la puerta, preguntándose quién diablos podría

ser.

Abrió.

—Buenos días, señor Nolan —saludó, con una encantadora sonrisa, la joven que aguardaba en el porche.

Veintipocos años de edad.

Pelo castaño.

Rostro bonito.

Esbelta figura.

Buck Nolan la conocía.

Se llamaba Cynthia Keith, y pertenecía a la plantilla de redactores de La Gacela Londinense, uno de los periódicos de mayor tirada del Reino Unido.

La atractiva periodista había hecho una entrevista a Buck Nolan, hacía cosa de un par de meses, de la cual el escritor había quedado realmente satisfecho, pues Cynthia Keith no quitó ni añadió una sola palabra.

La entrevista se publicó tal y como se había realizado, y eso era muy de agradecer, porque normalmente no sucede así.

Buck Nolan devolvió la sonrisa a la joven periodista y respondió:

—Buenos días, señorita Keith.

—Vaya, veo que me recuerda usted, ¿eh?

—¿Cómo iba a olvidar a una chica tan simpática y tan agradable como usted?

—Caramba, muchas gracias.

—Pase usted, señorita Keith —invitó Buck.

La periodista entró en la casa y, cuando el escritor cerró la puerta, lo miró y preguntó:

—¿Le he sacado de la cama, señor Nolan?

—No, ya estaba levantado. Me disponía a vestirme, cuando usted llamó.

—Pulse el timbre, pero no funciona, ¿verdad?

—No, quitaron la luz anoche, a causa de la terrible tormenta que descargó sobre la región, y todavía no la han dado. O tal vez es que se ha producido alguna avería en las líneas. La tormenta fue realmente espantosa, de verdad.

—Sí, lo sé.

—Le confieso que yo llegué a asustarme, cuando venía hacia aquí con mi coche. Los truenos eran ensordecedores.

Cynthia Keith observó las ropas del escritor, que seguían extendidas cerca de la chimenea, apagada ahora.

—¿Se mojó usted, señor Nolan?

—Sí, un poco.

La periodista, que vestía pantalón de pana, negro, un fino suéter de lana, rojo, de cuello alto, y un chaquetón de piel, marrón, miró al escritor, como esperando que él dijera algo.

Y Buck Nolan lo dijo:

—Ha sido una agradable sorpresa, señorita Keith.

—Verme por aquí, ¿no?

—Sí. ¿A qué debo el honor de su visita?

—He venido a Layton a realizar un reportaje.

—¿Sobre mí?

—No, señor Nolan.

—Que desilusión.

—¿De verdad le gustaría que lo entrevistara de nuevo?

—Me encantaría. ¿Y sabe por qué?

—No.

—Porque me proporcionaría el placer de disfrutar de su compañía un par de horas.

Cynthia Keith rio.

—Qué galante se ha levantado usted esta mañana, señor Nolan.

—No es galantería, es sinceridad.

—En ese caso, le diré que no es necesario que le haga una nueva entrevista para disfrutar de mi compañía.

—¿No?

—Claro que no. Le basta con telefonearme alguna tarde a la redacción de mi periódico e invitarme a cenar.

—¿Aceptaría usted, señorita Keith...?

—¿Por qué no iba a aceptar? Es usted un hombre joven, atractivo, amable, inteligente... ¿Qué chica rechazaría la invitación de un hombre así, que además amenaza con convertirse en el escritor más popular del país?

Buck Nolan, anonadado por tanto piropo, murmuró:

—Me abruma usted, señorita Keith.

—Puede llamarme Cynthia.

—Sólo si usted me llama Buck.

—Trato hecho —sonrió deliciosamente la joven.

—¿Hablamos de esa cena, Cynthia?

—Más tarde, si no le importa. Ahora prefiero que hablemos de lo ocurrido anoche en el cementerio de Layton.

Buck Nolan compuso un gesto de sorpresa.

—¿Qué ocurrió anoche en el cementerio de Layton, Cynthia?

—¿No está enterado, Buck?

El escritor movió la cabeza negativamente.

—No sé nada.

—William Daly, el vigilante nocturno, fue hallado muerto esta mañana —informó la periodista.

—Muerto... —musitó Buck.

—Sí.

—¿Se sabe cuál fue la causa de su muerte?

—Se quedó sin sangre.

—¿Sin sangre...?

—En su cuerpo no quedaba ni una sola gota.

Buck Nolan, perplejo, preguntó:

—¿Cómo es posible que...?

—Por el momento, no se sabe. El cuerpo de William Daly no presenta herida alguna. Tan sólo dos pequeñas marcas azuladas en su cuello, en el lado izquierdo —siguió informando Cynthia Keith.

—¿Dos pequeñas marcas azuladas en su cuello...?

—Sí; justo sobre la arteria carótida. Parece la mordedura de un bicho. El forense realizará la autopsia esta noche y facilitará su informe. Entonces sabremos si esas extrañas marcas fueron la causa del fallecimiento del vigilante. Aparentemente, al menos, por ahí le fue extraída la sangre. Hasta la última gota.

—Qué horror.

—Pues aún hay más, Buck.

—¿Ah, sí...?

—Parece ser que un rayo cayó en el cementerio, justo sobre una de las tumbas. Pulverizó la lápida de mármol y la cruz, causando además un profundo hoyo, que dejó al descubierto el féretro.

—Dios... —se estremeció visiblemente el escritor.

—Agárrese a algo. Buck, porque ahora viene lo más sorprendente y lo más aterrador.

Nolan dio un paso y rodeó la delgada cintura de la periodista, deslizando sus manos por dentro del chaquetón de piel.

—¿Qué hace...? —preguntó ella, sorprendida.

—Dijo usted que me agarrara a algo, ¿no?

—¿Y tenía que agarrarse precisamente de mí?

—Es lo que más a mano tenía.

—Ya.

—¿Qué es eso tan sorprendente y tan aterrador, Cynthia? —preguntó el escritor, sin soltar el flexible talle femenino.

La periodista informó:

—Esta mañana, la tapa de ese ataúd estaba levantada, y no había ni rastro del cadáver de Elizabeth Holmes, la mujer que...

Buck Nolan dio un fuerte respingo.

—¿Ha dicho Elizabeth, Cynthia...?

—Sí, así se llamaba la mujer que ocupaba ese féretro. ¿Por qué pone esa cara, Buck?

—Porque yo conocí anoche a una mujer llamada Elizabeth, Cynthia. Y estaba fría como una muerta...

CAPÍTULO V

Quien respingó ahora, aunque no tan fuerte, fue Cynthia Keith, la periodista de La Gaceta Londinense.

—¿Fría como una muerta, Buck...?

Buck Nolan asintió lentamente con la cabeza.

—Sí, Cynthia. Sus labios, sus manos, sus piernas... Todo su cuerpo tenía una extraña y desagradable frialdad. Yo, al principio, pensé que se debía al remojón que pilló, caminando bajo la intensa lluvia, pero luego, cuando vi que ni el fuego de la chimenea ni el coñac que le ofrecí lograban hacerla entrar en calor, ya no supe qué pensar.

—¿Y dice usted que esa mujer caminó en camisón bajo la torrencial lluvia, en plena tormenta, y con ese viento tan terrible que soplaba...? —se sorprendió infinitamente la periodista.

El escritor cabeceó de nuevo.

—Así es, Cynthia.

La joven le cogió los brazos y se los apretó.

—Cuéntemelo todo, Buck.

—Sentémonos en el sofá —sugirió él.

Lo hicieron y Buck Nolan refirió a Cynthia Keith lo sucedido la noche pasada, desde que Elizabeth Holmes llamó a su puerta hasta que él se durmió, después de hacer dos veces el amor con ella.

No omitió absolutamente nada.

Cynthia Keith, profundamente impresionada por el relato que acababa de escuchar, preguntó:

—¿Cuántos años aparentaba esa hermosa mujer, Buck?

—Unos veintisiete; veintiocho, tal vez —respondió el escritor.

—Podría ser ella.

—¿Quién?

—Elizabeth Holmes, la mujer que reposaba en la tumba descubierta por el rayo que cayó sobre ella.

Buck Nolan sintió que se le erizaba el vello.

—¿Sabe lo que está diciendo, Cynthia...?

La periodista se retorció las manos nerviosamente.

—Es un disparate, lo sé.

—¿Cuánto tiempo llevaba enterrada Elizabeth Holmes? —inquirió Buck.

Cynthia Keith se mordió el labio inferir y respondió:

—Más de doscientos años.

—¡Doscientos años!

—Sí.

—¿Y cómo puede pensar usted que, después de doscientos años, Elizabeth Holmes...?

—Ya he reconocido antes que es un disparate, Buck, pero sucedieron

anoche tantas cosas extrañas, que no puedo dejar de relacionar a Elizabeth Holmes con esa otra Elizabeth, la que estuvo aquí, la que durmió con usted. El hecho de que fuera en camisón, la permanente frialdad de su cuerpo, que ni el fuego, el coñac o las fricciones que usted le hizo consiguieron eliminar...

Buck Nolan sacudió la cabeza.

—No, no es posible, Cynthia. Tiene que haber otra explicación más lógica.

—¿No cree usted en los hechos sobrenaturales, Buck?

—¿Hechos sobrenaturales...?

—Sí. Las fuerzas del Más Allá, el demonio, todo eso.

El escritor movió de nuevo la cabeza.

—No, Cynthia, yo no creo en esas cosas. ¿Usted, sí?

—Hasta esta mañana, tampoco. He leído varios libros de brujería, satanismo, espiritismo, magia negra, vampiros... Todos ellos me parecieron muy interesantes, pero ninguno logró convencerme de que las cosas que contaba eran ciertas. Sin embargo, después de lo de anoche...

—Insisto en que tiene que haber una explicación lógica para todo, Cynthia.

—¿Sabe que Elizabeth Holmes podría ser una mujer vampiro, Buck?

—Cynthia, por favor...

—Todo encaja perfectamente. La terrible tormenta pudo haber sido provocada por las diabólicas fuerzas del Más Allá, el rayo que abrió la tumba de Elizabeth Holmes, dirigido por ellas, para despertar de su letargo a esa hermosa mujer, que debió ser vampiro hace un par de siglos. O quizá murió por eso, porque fue mordida por algún vampiro.

—Cynthia...

—Déjeme continuar, Buck. Ese rayo diabólico hizo volver a la vida a Elizabeth Holmes, cuyo cuerpo seguía intacto porque ella estaba como dormida, esperando el momento de regresar al mundo de los vivos. Y ese momento llegó. Anoche. Elizabeth Holmes levantó la tapa de su ataúd y salió de él, en busca de sangre humana. Su primera víctima fue William Daly, el vigilante nocturno del cementerio. Le mordió en el cuello y le chupó hasta la última gota, causándole la muerte. Las dos pequeñas marcas azuladas son las huellas de los fieros colmillos de Elizabeth Holmes.

Buck Nolan no pudo evitar un estremecimiento.

—¿Sabe que me está usted asustando, Cynthia? —confesó.

—Prosigo, Buck. Tras absorber toda la sangre del vigilante del cementerio, Elizabeth Holmes vino a esta casa, que es la más próxima al cementerio. Como su sed de sangre debía de estar saciada, no le atacó a usted, limitándose a pasarlo bien. No olvidemos que es una mujer joven y hermosa, amante de los placeres de la carne, como ya le demostró a usted en la cama. Goza de las caricias y de la unión sexual como cualquier otra mujer. Cuando usted se durmió en sus fríos brazos, Elizabeth Holmes abandonó la cama y la casa.

—¿Por qué?

—Los vampiros no duermen de noche, Buck, sino de día, porque no pueden resistir la luz del sol. Elizabeth Holmes debe estar durmiendo

tranquilamente en algún lugar seguro, en espera de que llegue la noche. Entonces, abandonará ese lugar y buscará una nueva víctima, muy bien podría ser usted, Buck.

El escritor respingó en el sofá.

—¡Basta ya, Cynthia!

—Reconozca que mi teoría encaja a la perfección, Buck.

El escritor se levantó del sofá y empezó a pascar nerviosamente por el salón.

—Todo es pura fantasía, Cynthia —gruñó, sin dejar de caminar.

—Es posible, Buck, pero...

—Si le contara todo eso a la policía, la encerraban en un manicomio.

—Lo sé, por eso no pienso contárselo.

—Hará muy bien.

—Dígame una cosa, Buck. ¿Le mostró Elizabeth los dientes en algún momento?

—¡Pues claro que me los mostró! Se rio varias veces.

—¿Seguro que lo hizo abiertamente?

Buck Nolan se detuvo en el centro del salón.

Pensativo

Cynthia Keith dejó transcurrir un minuto largo y luego dijo:

—Rio y sonrió sin separar mucho los labios, ¿verdad?

—Sí, es cierto —tuvo que confesar el escritor—. Apenas me mostró los dientes. Yo creía que sí, pero ahora estoy seguro de que no lo hizo en ningún momento.

—Es toda una prueba, ¿no?

—O una simple coincidencia.

—Oh, vamos, Buck...

—¡Lo siento, Cynthia, pero no puedo admitir que hice dos veces el amor con una mujer que llevaba enterrada más de doscientos años! ¡No creo en la existencia de los vampiros!

Cynthia Keith exhaló un suspiro y se puso en pie.

—Vístase, Buck.

—Me encuentro muy cómodo en bata —rezongó el escritor

—Que se vista, le digo —insistió la joven, pacientemente.

—¿Por qué quiere que me vista?

—Nos vamos, Buck.

—¿Qué nos vamos...?

—Sí; ahora mismo.

—¿Adónde, si puede saberse?

—A Londres.

—No pienso volver hasta mañana por la noche.

—¿Ya no desea invitarme a cenar?

—¡Claro que deseo invitarla a cenar! Pero no esta noche, Cynthia.

—Abandonar esta casa hoy sería como admitir que usted tiene razón, que

la mujer del camisón blanco es Elizabeth, la que murió hace más de doscientos años, un vampiro...

—Si estoy en lo cierto, Buck, usted corre un grave peligro.

—No corro ningún peligro, porque su teoría no puede ser cierta.

—El vigilante del cementerio murió anoche, ¿no?

—Sí, pero no porque un vampiro le mordiera en el cuello y chupara su sangre.

—Las marcas de su cuello...

—Se las causaría algún bicho, usted lo dijo antes.

—Cuando lo dije, ignoraba lo que le había sucedido a usted anoche, Buck.

—Si lo sé, no se lo cuento —rezongó el escritor.

Cynthia Keith sonrió dulcemente.

—No se enfade conmigo, Buck.

—No estoy enfadado.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Sabe que me ilusionaba mucho cenar con usted esta noche, Buck?

—También a mí, se lo aseguro.

—Aún está a tiempo de invitarme.

—No insista, Cynthia, se lo ruego.

—Usted se lo pierde —dijo la atractiva periodista, caminando hacia la puerta.

Buck Nolan sintió deseos de llamarla, pero no lo hizo. Cynthia Keith abrió la puerta y abandonó la casa.

CAPÍTULO VI

El reloj de pared de aquella fría sala del depósito de cadáveres marcaba las ocho en punto cuando Richard Forrest, médico forense, entró en ella para practicar la autopsia al cadáver de William Daly, el vigilante nocturno del cementerio de Layton.

El cuerpo sin vida de William Daly descansaba ya sobre la alta y alargada mesa de operaciones, cubierto totalmente por una acartonada sábana blanca.

A la derecha de la mesa de operaciones, correctamente dispuesto sobre otra mesa, mucho más pequeña, se hallaba el instrumental médico que Richard Forrest utilizaba para practicar las autopsias.

El doctor Forrest había cumplido ya los cuarenta y cinco años de edad, y era un hombre de mediana estatura, más bien delgado, de revuelta y plateada cabellera.

Usaba gafas.

Tras dar un vistazo a su instrumental, como para asegurarse de que no faltaba nada, Richard Forrest lanzó un suspiro y murmuró:

—Bien, vamos allá.

Cogió la rígida sábana y la retiró, descubriendo totalmente el cuerpo desnudo de William Daly.

Un cuerpo muy blanco.

Casi como el mármol.

El doctor Forrest se inclinó sobre la cabeza del cadáver, para observar, una vez más, las dos pequeñas marcas azuladas que William Daly tenía en el cuello, y que tan extrañas resultaban.

Richard Forrest respingó ligeramente.

¡No estaban!

¡Las marcas habían desaparecido!

El doctor Forrest se irguió, absolutamente desconcertado.

¿Cómo diablos era posible aquello...?

Tal vez se había confundido y la víctima no tenía las señales en el lado izquierdo del cuello, sino en el derecho.

El forense estaba seguro de que no, que las extrañas marcas se encontraban en el lado izquierdo del cuello de William Daly, pero, por si se había equivocado, rodeó la alargada mesa y observó el lado derecho del cuello de la víctima.

Tampoco estaban allí.

Resultaba difícil de admitir, pero la realidad era que las azuladas marcas se habían borrado por completo del cuello del cadáver.

Sin poder salir de su asombro, el doctor Forrest rodeó nuevamente la mesa de operaciones y se dispuso a practicar la autopsia, empuñando el instrumento adecuado para abrir el descarnado pecho de William Daly.

En el preciso instante en que iba a realizar la primera incisión, el muerto

abrió los ojos de golpe.

Richard Forrest dio tal respingo que el instrumento saltó de su mano, como si tuviera vida propia, y cayó al suelo por el otro lado de la mesa de operaciones.

Casi perdió también las gafas, que se le bajaron hasta la misma punta de la nariz.

Con los ojos dilatados al máximo, miró los otros ojos, los del muerto, que le miraban a su vez.

Fijamente.

Extrañamente.

Peligrosamente.

El forense retrocedió un paso de manera instintiva.

Los ojos del cadáver le siguieron.

¡No era un cadáver!

¡Aquel cuerpo amarmolado tenía vida!

¡William Daly estaba vivo...!

Richard Forrest empezó a sudar.

Y a temblar.

Y a sentir deseos de gritar.

De chillar como un loco.

¿No lo estaría, realmente...?

No.

Richard Forrest no estaba loco.

Lo que estaban presenciando sus aterrados ojos era real. William Daly estaba vivo.

Tan vivo como él.

Y lo demostró incorporando su huesudo torso.

Quedó sentado en la mesa de operaciones.

Blanco y desnudo, pero vivo.

El doctor Forrest retrocedió otro paso.

Temblaba y sudaba más que antes, y seguía sintiendo deseos de gritar.

Lo intentó, pero no le salió la voz.

El terror atenazaba su garganta.

El forense sentía tal opresión en ella, que tenía la impresión de que una mano de acero se la estaba apretando. Era todo producto de su pánico, claro.

Un pánico cerval, plenamente justificado, porque Richard Forrest había reconocido el cuerpo de William Daly aquella mañana, y pudo comprobar que estaba muerto, que su corazón no latía, que no quedaba una sola gota de sangre en sus venas.

Ahora, sin embargo, aquel cuerpo recobraba sorprendentemente la vida; miraba, se movía...

William Daly se bajó de la mesa de operaciones y se acercó al espantado doctor Forrest, muy lentamente, con un brillo maligno en las pupilas.

El médico forense retrocedió más.

Torpemente.

Tan torpemente, que estuvo a punto de caerse.

De pronto, su espalda topó con la pared.

Ya no pudo retroceder más.

William Daly lo alcanzó y le cogió por los hombros, con tanta fuerza, que Richard Forrest pensó que se los iba a triturar.

Parecía imposible que un hombrecillo como aquél, con más de cincuenta años y delgado como un fideo, pudiera tener tanta fuerza en las manos.

William Daly acercó su boca al cuello del forense.

Richard Forrest no pudo verlo, pero cuando William Daly separó los labios, quedaron visibles un par de fieros colmillos, afilados como puñales, destellantes.

El horrorizado forense sintió que el resucitado William Daly le mordía en el cuello, causándole dolor.

No se quejó, pero si se estremeció.

El dolor, sin embargo, desapareció pronto.

Justo en el instante en que William Daly comenzó a chupar ávidamente la sangre que brotaba de las heridas causadas por sus agudos colmillos, Richard Forrest dejó de sufrir, al ser sustituido el dolor por una extraña sensación de placer, que muy pronto se adueñó de todo su cuerpo.

El forense dejó de sudar.

Y de temblar.

Incluso dejó de sentir miedo.

Resultaba sorprendente, pero se sentía feliz.

William Daly continuó absorbiendo su sangre, cada vez con mayor avidez, como si el rojo y cálido líquido fuese para él la más deliciosa de las bebidas.

Y, realmente, lo era.

La más deliciosa... y la más alimenticia.

La constante pérdida de sangre motivó que el doctor Forrest se derrumbase, a causa de su progresiva debilidad, quedando tendido en el suelo.

William Daly, insaciable, se dejó caer sobre él y aplicó de nuevo su ensangrentada boca sobre las heridas que sus colmillos causaran en el cuello de su víctima.

Richard Forrest se moría, y él lo sabía, pero seguía sintiéndose feliz, gozando con la pérdida de sangre, con la presión que la ávida boca de William Daly ejercía sobre su cuello, sobre su arteria carótida.

El infortunado médico forense fallecía muy poco tiempo después, pero William Daly no retiró su boca de su cuello hasta que se convenció de que en el cuerpo de Richard Forrest ya no quedaba una sola gota de sangre.

Entonces, sí.

El que fuera vigilante nocturno del cementerio de Layton se irguió, visiblemente satisfecho.

Segundos después, ocurría algo increíble.

En un abrir y cerrar de ojos, William Daly se convirtió en un murciélago y

escapó por la pequeña y alta ventana de la sala de autopsias, que permanecía entreabierta.

¿Su destino...?

Layton, naturalmente.

CAPÍTULO VII

En todo el día, Buck Nolan no pudo dejar de pensar en Cynthia Keith y en la fantástica teoría que la joven periodista le expusiera aquella mañana.

El escritor seguía diciéndose que no, que aquello no podía ser verdad.

Vampiros en el siglo XX...

Era ridículo pensarlo.

Buck Nolan estaba convencido de que los vampiros no habían existido nunca, que todo eran fantasías, historias inventadas por las gentes de otras generaciones.

Gentes supersticiosas y asustadizas, que hacían una montaña de un grano de arena.

No obstante, Cynthia Keith tenía razón en una cosa: William Daly había muerto, y de una forma realmente extraña.

Y había muerto en el cementerio.

Y su casa era la más próxima a él...

Esta última circunstancia preocupaba a Buck Nolan.

Si había sido un bicho o un animal quien había causado la muerte del vigilante nocturno del cementerio, ese bicho o ese animal podía andar cerca, deseoso de volver a matar...

Este pensamiento hizo que Buck Nolan descolgase la escopeta de dos cañones que pendía de la campana de la chimenea, cogiese la caja de cartuchos que descansaba sobre la repisa, la abriese, y cargase el arma.

Confiaba en no tener que utilizarla, pero, por si acaso, mejor era tenerla dispuesta.

Sobre las ocho. Buck Nolan se introdujo en la cocina y cogió unas latas, para prepararse la cena.

Estaba abriendo la primera, cuando sonó el timbre de la puerta.

Ya funcionaba, pues desde el mediodía había nuevamente energía eléctrica en la casa.

El timbrazo dejó paralizado por un instante al escritor.

Pensó rápidamente en Elizabeth, la hermosa mujer de pelo negro, tan fría por fuera y tan ardiente por dentro, según le demostró en la cama la noche pasada, aferrándose a él con fuerza y moviendo sus espléndidas caderas a un ritmo frenético.

¿Sería ella, que volvía para pasar la noche con él...?

Sí.

Sólo podía ser Elizabeth.

Elizabeth Holmes, según Cynthia Keith.

La periodista había profetizado que volvería aquella noche.

Para morderle en el cuello y chupar hasta la última gota de su sangre...

Un ligero estremecimiento recorrió la espalda de Buck Nolan, quien ya no iba en bata.

Se había vestido al poco de marcharse Cynthia Keith.

El escritor salió de la cocina y fue en busca de su escopeta.

Con ella en las manos, acudió a abrir.

Se llevó una gran sorpresa, pues no se trataba de Elizabeth, sino de Cynthia Keith.

—Cynthia... —musitó.

La periodista bajó la mirada y la posó en la escopeta, que apuntaba a su pecho.

—¿Tan peligrosa me considera, Buck...? —preguntó.

El escritor se apresuró a bajar el arma.

—Disculpe, Cynthia. Pensé que era Elizabeth.

—Si hubiera sido ella, de nada le habría servido empuñar una escopeta. Los vampiros no se pueden matar a tiros —repuso la periodista, muy convencida.

Buck Nolan soltó un gruñido.

—Ya empezamos otra vez.

—El hecho de que haya acudido usted a abrir, con una escopeta en las manos, demuestra que mi advertencia no cayó en saco roto.

—No se equivoque, Cynthia. Empuñé mi escopeta porque no quiero que me pase lo mismo que al vigilante nocturno del cementerio, no porque piense que Elizabeth es un vampiro —aclaró el escritor.

—Pero usted creía que era ella... —recordó la joven.

Buck Nolan gruñó de nuevo.

—¿A qué ha venido, Cynthia?

—A pasar la noche con usted, si no le importa.

—¿Pasar la noche conmigo...? —se sorprendió Nolan.

—Bueno, en su casa, que viene a ser lo mismo —sonrió la periodista.

—¿Y si vuelve Elizabeth Holmes, la mujer vampiro...? —preguntó el escritor con ironía.

—Estando yo con usted, no se acercará a esta casa —aseguró la joven.

—¿Por qué está tan segura?

—Traigo algo en el coche que le impedirá acercarse.

—¿Qué es?

—Se lo mostraré.

Cynthia Keith se dirigió al maletero de su coche, un Simca-1200, de color azul oscuro, y lo abrió, cogiendo el saco que portaba en él.

Buck Nolan abrió la boca.

—¿Qué diablos lleva ahí?

—Ristras de ajos y unas cuantas cruces —respondió la joven.

—¡Ristras de ajos y cruces! —repitió el escritor, respingando.

—Es lo único que puede detener a los vampiros.

Buck Nolan se tiró del pelo, oscuro y ondulado.

—Oh, no, no, no... —rezongó, con los ojos cerrados.

—Los pondremos en la puerta y en todas las ventanas —explicó Cynthia,

entrando en la casa con el saco.

El escritor cerró de un portazo y gritó:

—¡No vamos a poner nada en la puerta ni en las ventanas!

La periodista se volvió y lo miró fijamente.

—Si no me deja poner los ajos y los crucifijos, me marcho.

—¡Pues márchese! ¡Yo no le pedí que viniera!

—Si prefiere pasar la noche con Elizabeth a pasarla conmigo, dígalo claramente.

—¡Yo no prefiero nada!

—Deje de gritarme, ¿quiere?

—¡Usted me hace gritar, maldita sea! ¿Por qué tuvo que traer un saco lleno de ajos y de cruces?

—Lo hice por su bien, y debería usted agradecérmelo, en vez de chillarme.

Buck Nolan inspiró profundamente y se pasó la mano por la cara.

—Está bien, siento haberle gritado, Cynthia. Le agradezco que se preocupe tanto por mí, pero, por favor, olvídese de los ajos y los crucifijos, ¿quiere?

—Si no me deja ponerlos, tendré que marcharme, Buck.

—¿Por qué?

—No me sentiría segura en esta casa.

—Tengo una escopeta, Cynthia.

—No sirve contra los vampiros, ya se lo dije antes.

El escritor se mesó el cabello, mascullando:

—Maldita sea...

—¿Me deja ponerlos o no? —insistió la periodista.

Buck Nolan, tras casi medio minuto de silencio, accedió:

—De acuerdo, ponga lo que quiera.

El bonito rostro de la periodista se iluminó.

—No se arrepentirá, Buck; se lo prometo.

* * *

En la puerta de la casa y en cada una de las ventanas, colgaba ya una ristra de ajos y un crucifijo.

Buck Nolan y Cynthia Keith habían terminado de cenar y estaban saboreando sendas tazas de café, negro y humeante, sentados ambos en el sofá.

La periodista se había despojado del chaquetón de piel, porque la chimenea estaba encendida y la temperatura en la casa era muy agradable.

El escritor se atrevió a pasar su brazo por los hombros femeninos y atrajo suavemente a la muchacha hacia sí.

Ella le miró.

—¿Qué hace?

—Es hora ya de que nos demos el primer beso, ¿no?

—¿Es que los besos se dan a una hora determinada?

—No, pero...
—De acuerdo, besémonos —sonrió Cynthia.
Buck acercó sus labios a los de ella, rojos, cálidos, húmedos.
Los besó golosamente, deleitándose con su maravilloso sabor.
Luego, se miraron a los ojos.
—Qué diferencia hay entre besarte a ti y besar a Elizabeth —dijo Buck.
Cynthia sonrió.
—Mis labios no están fríos, ¿verdad?
—Ni tus labios, ni nada —respondió el escritor, que había dejado la taza de café sobre la pequeña mesa del salón y posado su mano sobre el muslo izquierdo de la periodista, apretándolo con suavidad por encima del pantalón de pana.
—Menos mal que no llevo falda.
—¿No te gusta que te acaricien las piernas?
—Depende de a quién pertenezca la mano.
—¿Debo entender que el tacto de la mía te molesta?
Cynthia le dio un beso fugaz y aclaró:
—Lo de la falda sólo era una broma, Buck.
—Debiste ponerte una, en lugar de los pantalones.
—Para facilitar las cosas, ¿eh?
—Claro.
—Lo siento, no lo pensé.
—No me extraña. Tú sólo pensabas en ajos, crucifijos y vampiros.
—Todo el santo día, sí —confesó la joven, dando un suspiro.
Buck la besó de nuevo, mordisqueando delicadamente los labios femeninos, por entre los cuales deslizó su lengua, a cuyo encuentro salió la de Cynthia.
La mano derecha del escritor ascendió por el muslo de la periodista, se introdujo por debajo del rojo suéter de lana, y buscó los senos de Cynthia, no demasiado grandes, pero erectos y duros.
La joven no llevaba sujetador, y Buck pudo acariciárselos una y otra vez, notando cómo la suave y tibia piel femenina se estremecía bajo sus dedos, levantándose sus pequeños pezones.
Cynthia emitió un gemido, ahogado por la boca de Buck, que seguía pegada a la de ella.
Cuando, por fin, separaron sus labios, el escritor, sin retirar su mano de los deliciosos senos femeninos, sugirió:
—¿Nos vamos a dormir, Cynthia?
—¿A dormir...? —repitió maliciosamente ella.
—Y a lo otro.
—Ya me extrañaba a mí.
—Te deseo, Cynthia.
—Yo también a ti, Buck —confesó la periodista.
Se dieron otro beso, más bien corto, y se levantaron del sofá.

Se dirigían ya hacia la escalera, cogidos por la cintura, cuando Cynthia se detuvo de pronto y dijo:

—Olvidaba algo, Buck.

—¿Qué?

—Telefonear al inspector Felton, de Scotland Yard. Es el encargado de esclarecer la muerte del vigilante del cementerio.

—¿Y para que tienes que llamarle?

—Es posible que ya tenga el informe de la autopsia de William Daly.

—Está bien, llámale —suspiró Nolan.

Cynthia le dio un cariñoso beso y caminó hacia el teléfono.

Marcó el número de Scotland Yard y pidió que le pusieran con el inspector Felton, con quien hablaba pocos segundos después.

La información que le dio el inspector Felton, hizo palidecer a la periodista.

Cynthia Keith colgó el teléfono y se volvió hacia Buck Nolan, comunicando:

—El cadáver de William Daly ha desaparecido, y Richard Forrest, el médico forense que debía realizar la autopsia, ha sido hallado muerto, sin una sola gota de sangre en el cuerpo y con dos pequeñas marcas azuladas en el cuello, idénticas a las que tenía el vigilante nocturno del cementerio.

CAPÍTULO VIII

El murciélago se posó en el suelo, entre unos árboles próximos a la casa de Buck Nolan.

Un instante después, aquella especie de rata voladora se transformaba en un ser humano.

En un hombre.

En William Daly...

El que, hasta la noche pasada, fuera vigilante nocturno del cementerio de Layton, apretó rabiosamente los puños al ver que, colgados en la puerta y en las ventanas de la casa, había sendos crucifijos y ristras de ajos.

No podría acercarse a ella, mientras estuviesen allí.

El olor del ajo era irresistible para «ellos».

La cruz su peor enemigo.

Era el símbolo de Dios, del Bien, y «ellos» eran una cosa del Demonio, del Mal.

William Daly, con los ojos brillantes de furia, despidiendo literalmente fuego por ellos, dio una vuelta completa en torno a la casa, sin aproximarse en ningún momento a ella.

Tenía la esperanza de que, en alguna de las ventanas laterales o posteriores, hubiesen olvidado colgado el crucifijo y la ristra de ajos.

Desgraciadamente para él, no era así.

Todas las ventanas estaban protegidas.

No podía entrar en la casa.

Y, lo que era peor, Elizabeth Holmes no podría salir.

Sí.

Elizabeth Holmes estaba allí.

En aquella casa.

En el sótano de aquella casa, más concretamente.

Bien oculta.

Allí había dormido todo el día.

Pero ya era de noche.

Elizabeth Holmes no tardaría en despertar.

Y, en cuanto despertase, sentiría sed.

Sed de sangre.

De sangre humana.

* * *

Las palabras de Cynthia Keith habían erizado la piel a Buck Nolan, quien tartamudeó:

—¿Qué... qué el cadáver de..., qué el cadáver de William Daly ha..., ha desaparecido...?

La periodista de La Gaceta Londinense asintió gravemente con la cabeza.
—Sí, Buck.
—¿Y el médico forense qué...?
—Muerto. Sin sangre en el cuerpo. Y con esas marcas azuladas en el lado izquierdo del cuello —repitió Cynthia.
El escritor quedó sin habla.
Estaba tan pálido como la periodista.
Cynthia Keith dijo:
—Supongo que ya te habrás convencido, ¿no, Buck?
—¿De la existencia de los vampiros?
—Sí.
Buck Nolan no respondió.
Empezaba a creer que Cynthia Keith tenía razón, pero se resistía a confesarlo.
La joven explicó:
—Según afirman los libros de vampiros que yo he leído, la persona que muere por haber sido mordida por un vampiro, vuelve a la vida la noche siguiente, convertida también en vampiro. William Daly murió anoche, al ser absorbida toda su sangre por Elizabeth Holmes. Esta noche, ha vuelto a la vida. En el depósito de cadáveres. Mordió al doctor Forrest y chupó hasta la última gota de su sangre. Luego, abandonó d Depósito. Nadie lo vio salir. También tengo explicación para eso, Buck. Nadie vio salir a William Daly porque William Daly se convirtió en un murciélago y escapó por la pequeña ventana de la sala de autopsias, pasando por entre la reja.
—Convertido en murciélago... —musitó el escritor, incrédulo.
—Sí, Buck. Los vampiros pueden transformarse en murciélagos. Los libros lo aseguraban de una manera categórica. Yo, como ya te dije esta mañana, no lo creía posible. Ahora, sin embargo, estoy absolutamente convencida de que es cierto. Lo sucedido en el depósito de cadáveres, no admite otra explicación.
Era cierto.
No la admitía.
Buck Nolan, al menos, no encontraba ninguna otra.
Tras mirar largamente a la joven periodista, con fijeza y sin un solo pestañeo, preguntó:
—¿Vas a contárselo todo al inspector Felton, Cynthia?
Ella, después de unos segundos de vacilación, respondió:
—No; por el momento, no. En primer lugar, porque no me creería. Y, en segundo lugar, porque, aunque lograra convencerle, no conseguiríamos nada.
—¿Por qué no?
—Es de noche. Buck. Y la noche es de los vampiros, cuando mejor pueden demostrar su infinito y maligno poder. No se puede luchar contra ellos de noche. Lo más que se puede hacer, es defenderse de ellos. Con ristras de ajos y cruces. Eso los ahuyenta. En esta casa estamos seguros, Buck, te lo garantizo.

Cynthia Keith, claro, ignoraba que Elizabeth Holmes estaba en el sótano de la casa, esperando el momento de abandonarlo y atacar a Buck Nolan, cuya sangre necesitaba imperiosamente.

* * *

Buck Nolan estaba callado.

Serio.

Pensativo.

Cynthia Keith se acercó a él y se cogió de su brazo.

—¿Tienes miedo, Buck?

—Un poco, sí —confesó el escritor.

—No corremos ningún peligro, créeme.

—¿De veras piensas que los ajos y los crucifijos detendrán a Elizabeth Holmes?

—A ella... y a William Daly.

Buck Nolan respingó.

—¿William Daly...?

—Estoy segura de que han venido a Layton.

—¿Cómo los sabes?

—Lo dicen los libros, Buck. Los vampiros no viven solitariamente, sino en grupo, formando una especie de comunidad en un determinado territorio. Y esa comunidad es regida por un jefe. En este caso, el jefe es Elizabeth Holmes, y el territorio escogido para formar esa comunidad, Layton.

—Si lo que dices es cierto, los habitantes de Layton están en peligro...

Cynthia Keith cabeceó afirmativamente.

—Lo están, Buck.

—¿Y no podemos hacer nada para impedir que...?

—Nada absolutamente, Buck. Si les decimos a los habitantes de Layton que hay vampiros en la región, y que deben poner crucifijos y ristras de ajos en las puertas y ventanas de sus casas, para protegerse de ellos, nos tomarán por locos y se carcajearán de nosotros hasta que se les salten las lágrimas.

Buck Nolan dio un suspiro.

—Tienes razón, Cynthia. Yo sería el primero que reaccionaría así, de hallarme en su lugar. A pesar de todo lo sucedido, te confieso que todavía tengo mis dudas sobre la existencia de los vampiros.

—¿Qué más pruebas quieres, Buck?

—No sé. Encontrarme con uno de ellos cara a cara, tal vez.

—Ya te encontraste anoche con uno: Elizabeth Holmes.

—Sí, pero no me mordió, no chupó mi sangre. Ni siquiera pude ver sus colmillos de vampiro. Sólo sé que su cuerpo estaba muy blanco y muy frío.

—Es lógico que esté blanco y frío, aunque aparentemente esté vivo, se trata de un cuerpo muerto, que piensa y se mueve gracias al diabólico poder de Satanás.

Buck Nolan sintió un escalofrío.

—¿Quieres decir que anoche hice dos veces el amor con un cadáver...?

—Así es, Buck. Aunque Elizabeth Holmes se comportara y gozara como una mujer viva, la realidad es que lleva más de doscientos años muerta.

—Qué horror...

—Mañana, en cuanto salga el sol, la buscaremos. Si conseguimos dar con ella, encontraremos también a William Daly. Acabaremos con los dos, Buck. Sé cómo se mata a un vampiro: atravesándole el pecho con una estaca. Luego, habrá que hacer lo mismo con el doctor Forrest... y las personas que esta noche sean atacadas por Elizabeth Holmes y William Daly.

—Confiemos en que no sean muchas.

—Dos, a lo sumo. En el cuerpo de un ser humano hay mucha sangre, Buck. La suficiente como para saciar a un vampiro hasta la noche siguiente. Buena prueba de ello es que Elizabeth Holmes no te mordió anoche, pese a que te tuvo en sus brazos, absolutamente a su merced. Con la sangre de William Daly tuvo suficiente.

—Sí, eso debió ser —suspiró el escritor, y se acercó a una de las ventanas.

Cynthia Keith respingó nerviosamente.

—¿Qué vas a hacer, Buck...?

—Dar un vistazo a los alrededores de la casa.

La periodista corrió hacia él y lo sujetó.

—¡No te asomes, Buck!

—¿Por qué?

—¡Puede ser peligroso!

—¿No dices que los crucifijos y las ristras de ajos impiden a los vampiros acercarse?

—Sí, pero...

—Sólo será un momento, Cynthia. Quiero saber si Elizabeth Holmes y William Daly andan por ahí afuera.

—Buck, no... —insistió la joven.

El escritor se soltó de ella y miró por la grieta de la ventana.

Al instante dio un respingo.

—¡Cynthia!

—¿Qué sucede, Buck...?

—¡Hay un hombre entre los árboles! ¡Y está completamente desnudo!

A la periodista se le puso la carne de gallina.

—¡Debe ser William Daly! —adivinó.

—¡Mira tú, Cynthia!

La joven aplicó el ojo a la grieta de la ventana.

—¡Si, es él! ¡William Daly, el vigilante nocturno del cementerio! —confirmó.

Buck Nolan corrió en busca de su escopeta.

La empuñó decididamente y regresó junto a la ventana.

—¡Aparta, Cynthia!

—¡Buck! ¿Qué vas a hacer?

—¡Abrir la ventana y pegarle dos tiros a William Daly!

—¡No le harán nada!

—¡Eso tengo que verlo para creerlo!

—¡No abras la ventana, te lo suplico!

Buck Nolan no hizo caso.

Abrió la ventana, se echó la escopeta a la cara, apuntó al pequeño y escuálido cuerpo desnudo de William Daly, y apretó el gatillo.

Por dos veces.

El escritor se convenció de que Cynthia Keith estaba en lo cierto, los disparos no abatieron a William Daly, quien un par de segundos después se convirtió en murciélago y emprendía el vuelo, perdiéndose en la oscuridad de la noche.

CAPÍTULO IX

Buck Nolan se quedó boquiabierto.

—Es increíble... —musitó, bajando lentamente la escopeta.

Cynthia Keith lo apartó de un empujón y cerró velozmente la ventana. Miró al escritor, el corazón latiéndole violentamente en el pecho.

—¿Se disiparon ya todas tus dudas, Buck?

Nolan cabeceó levemente.

—Sí. Cynthia. Es cierto que los vampiros existen. Que pueden convertirse en murciélagos. Que los tiros no les hacen nada.

La periodista le quitó la inútil escopeta de las manos, la arrojó sobre un sillón y se abrazó al escritor.

—Estréchame entre tus brazos, Buck; estréchame fuerte.

Nolan la abrazó apretadamente, hasta sentir aplastados contra su pecho los senos femeninos.

—Cynthia, esto es como una pesadilla. Una pesadilla horrible, espantosa, alucinante...

—Sí. Buck. Y lo peor de todo es que es real, auténtico, verdadero. No estamos sonando este horror, lo estamos viviendo.

—¿Dónde estará Elizabeth Holmes?

Al oír esta pregunta, Cynthia Keith se separó bruscamente del escritor, al que miró con el temor reflejado en su agraciado rostro, pálido todavía.

—Buck.

—¿Qué?

—Elizabeth Holmes no estaba con William Daly...

—No, no estaba. Los dos hemos podido comprobarlo. William Daly estaba solo.

—Me aterra lo que esto pueda significar, Buck.

—¿Por qué?

—William Daly ha venido a Layton a reunirse con Elizabeth Holmes.

—Sí, yo también lo creo.

—Y merodeaba esta casa, Buck...

El escritor sintió frío en la espalda.

—¿Quieres decir que...?

—Que es posible que Elizabeth Holmes esté en alguna de las habitaciones de esta casa, Buck —adivinó la periodista, con un hilo de voz.

El frío que Buck Nolan sentía en la espalda se extendió al resto del cuerpo, causándole un profundo estremecimiento.

—En esta casa... —pronunció, muy quedamente, como si temiera que Elizabeth Holmes pudiera oírle.

Y lo temía, realmente.

Miró hacia todos lados.

También Cynthia Keith.

La periodista preguntó, con voz que era apenas un susurro:
—¿Registraste la casa esta mañana, Buck, cuando yo me marché?
—Eché un vistazo a las habitaciones de arriba, pero no bajé al sótano.
El cuerpo de Cynthia Keith tuvo una contracción.
—¿Tiene sótano esta casa, Buck...?
—Sí, bastante amplio. Pero yo nunca suelo bajar, porque está lleno de trastos y es muy húmedo.
—¡El lugar ideal! —gimió la joven, estremeciéndose de nuevo.
Buck Nolan también se estremeció.
—¿Crees que Elizabeth Holmes duerme en el sótano, Cynthia?
—¡Seguro! A menos que...
—Continúa, Cynthia —rogó Buck, al ver que la periodista se interrumpía.
Cynthia Keith, con voz estrangulada, completó la frase:
—Que los disparos que efectuaste con tu escopeta la hayan despertado, Buck.

* * *

Cynthia Keith acertó de lleno.
Los disparos de la escopeta, muy potentes, habían interrumpido el largo descanso de Elizabeth Holmes, y la hermosa mujer vampiro, que sabía cuándo era de noche y cuándo de día, sin necesidad de asomarse a ventana alguna, sonrió siniestramente, dejando asomar sus temibles colmillos, y se incorporó, abandonando su escondite.
Tenía sed.
Y pensaba saciarla con Buck Nolan, absorbiendo toda su sangre.
Cubierta con su blanco camisón, subió la escalera del oscuro sótano, en el que ella podía ver como si estuviese iluminado, y salió de él.
No tardó en descubrir a Buck Nolan, y se alegró infinitamente de que una mujer, joven y bonita, estuviese con él.
Así serían dos las víctimas.
Ella bebería la sangre de Buck Nolan, y William Daly, a quien esperaba de un momento a otro, bebería la sangre de la muchacha.
Elizabeth Holmes se dejó ver de pronto, mostrando sus poderosos colmillos.
Cynthia Keith pegó un chillido al verla.
—¡Buck...! —gritó a continuación, agarrándose al escritor.
Buck Nolan también había descubierto ya a la mujer vampiro, y la contemplación de aquel par de largos y feroces colmillos le estremeció de pies a cabeza.
Elizabeth Holmes avanzó hacia ellos.
Muy lentamente.
Absolutamente convencida de que no tenían escapatoria posible.
Buck y Cynthia retrocedieron.

Lentamente, también.

El escritor tropezó con el sillón en cuyo asiento descansaba su escopeta.

Al verla, soltó a la periodista y la empuñó velozmente.

No importaba que el arma estuviese descargada.

Buck ya había podido comprobar que los cartuchos no hacían mella en aquellos hijos de Satanás, y nunca mejor empleada la expresión, puesto que él los había devuelto a la vida con su diabólico poder.

El escritor había tomado la escopeta por el doble cañón, a modo de maza.

Y como tal pensaba utilizarla.

Un feroz culatazo, en pleno cráneo, tal vez hiciera pupa a la mujer vampiro;

Buck Nolan enarboló el arma resueltamente y gritó:

—¡Detente, hija del Averno! ¡Si das un solo paso más, te abro la cabeza en dos!

Elizabeth Holmes se detuvo, pero no porque temiese al escritor, sino para reír burlonamente.

—No puedes luchar contra mí, Buck.

—¡Veremos si no, hermosa!

—Mi poder es infinito.

—¡Y la culata de mi escopeta de madera muy dura!

—Mi cráneo lo es más.

—¡Acércate y lo comprobaremos! —desafió Buck, tras el cual se hallaba Cynthia Keith, aterrorizada.

Elizabeth Holmes aceptó el desafío del escritor y dio un paso hacia él, poniéndose al alcance de la culata de su escopeta.

Buck Nolan, sin dudarlo un segundo, descargó el arma sobre la cabeza de la mujer vampiro, con todas sus fuerzas.

Y la partió.

¡Pero no en la cabeza de Elizabeth Holmes, sino la culata de su escopeta!

¡Y la mujer vampiro no acusó lo más mínimo el terrible golpe!

¡Como si le hubiera golpeado con un matamoscas, en lugar de una pesada escopeta!

Buck Nolan, atónito, dejó caer lo que quedaba de la escopeta y retrocedió, empujando a Cynthia Keith, no menos atónita que él, aunque la periodista conocía mucho mejor que el escritor el increíble poder de los vampiros durante la noche, gracias a los libros que sobre ellos había leído.

Elizabeth Holmes dejó oír nuevamente su burlona risa.

—Te advertí que mi cráneo era más duro que tu escopeta, Buck.

—Maldita hija del Infierno... —rezongó Nolan.

La mujer vampiro se agachó y tomó el resto de la escopeta.

—Os haré una pequeña demostración de mi fuerza —dijo.

Y, sin apenas esfuerzo, dobló los cañones del arma como si fueran de goma.

Una oleada de frío estremeció el cuerpo de Buck Nolan.

Lo mismo le sucedió a Cynthia Keith.

Elizabeth Holmes volvió a reír.

—Os he impresionado, ¿eh?

—Eres el demonio en persona, maldita —mascullό el escritor.

—Sólo una buena amiga suya —repuso la mujer vampiro, con gesto irónico.

Buck Nolan ya no dijo nada más.

Convencido de que no podía luchar con Elizabeth Holmes, estaba pensando ya en la manera de huir.

Difícil lo tenían, pues la mujer vampiro se había acercado a ellos de manera que les cortaba el paso hacia la puerta y las ventanas.

Sólo podían correr hacia la escalera.

Pero... ¿lograrían alcanzarla?

Buck Nolan intuía que no, que Elizabeth Holmes, haciendo uso de sus demoníacos poderes, los atraparía fácilmente.

No obstante, había que intentarlo.

¡No tenían más remedio!

¡Si se quedaban quietos los atraparía más fácilmente aún!

Buck Nolan tomó de la mano a Cynthia Keith y gritó:

—¡Corre, Cynthia! ¡Hacia la escalera!

Echaron los dos a correr.

Desgraciadamente, no pudieron correr mucho, pues Elizabeth Holmes dio un fantástico salto y cayó sobre ellos, derribándolos con terrible violencia.

Buck Nolan, como último recurso, intentó defenderse de la mujer vampiro a puñetazo limpio, pero ella le sujetó los brazos férreamente y le inmovilizó el cuerpo con sus piernas, en las que también poseía una fuerza sobrenatural.

Todos los forcejeos del escritor resultaron inútiles.

Estaba totalmente a merced de Elizabeth Holmes.

Ella separó sus labios y descubrió sus terroríficos colmillos, con los cuales se dispuso a morder el cuello de Buck Nolan.

CAPÍTULO X

Elizabeth Holmes se había desentendido por completo de Cynthia Keith, ya que la joven periodista de La Gaceta Londinense, al ser derribada violentamente junto con Buck Nolan por la mujer vampiro, pareció darse un fuerte golpe en la cabeza y quedar inconsciente.

Afortunadamente, no había sido así.

Cynthia sólo quedó momentáneamente atontada.

Cuando la joven vio que Elizabeth Holmes trataba de reducir a Buck Nolan, y que no le prestaba ninguna atención a ella, se incorporó silenciosamente y corrió hacia la puerta de la casa.

La abrió y cogió la ristra de ajos, colocándosela rápidamente en el cuello.

Después, tomó el crucifijo, de unos quince centímetros de largo por diez de ancho, y con él en la mano derecha corrió hacia la mujer vampiro.

Ella le daba la espalda, y no la vio venir.

Estaba montada sobre Buck Nolan, y ya se estaba inclinando sobre él, para morderle en el cuello.

El escritor agitaba la cabeza, para dificultar la acción de Elizabeth Holmes, aunque sabía que no le iba a servir de mucho.

Cynthia Keith se detuvo detrás de la mujer vampiro, le levantó bruscamente el camisón, y la dejó con el culo al aire.

Antes de que Elizabeth Holmes pudiera reaccionar e impedir su propósito, la periodista le aplicó el crucifijo en la nalga derecha.

El alarido que lanzó la mujer vampiro, más propio de una bestia prehistórica que de un ser humano» hizo estremecer las paredes de la casa y temblar los objetos que en ella había.

Y, ciertamente, no era para menos, pues el crucifijo estaba quemando la blanca pero firme carne como si de un hierro al rojo se tratara.

Buck Nolan no sabía lo que estaba pasando, pero si notó que la increíble fuerza de Elizabeth Holmes, que tenía los ojos apretadamente cerrados y el rostro contraído de dolor, remitía considerablemente, y decidió redoblar sus esfuerzos por librarse de ella.

Cynthia Keith levantó el crucifijo, pero para aplicarlo inmediatamente en la otra nalga.

Elizabeth Holmes volvió a bramar como un animal salvaje, y su potencia muscular remitió aún más, lo cual permitió a Buck Nolan salir de debajo de ella.

Cynthia Keith retiró entonces el crucifijo de la nalga izquierda de la mujer vampiro, en donde quedó marcado a fuego, como antes quedara en la nalga derecha.

El símbolo del Bien había quedado grabado en aquella carne, resucitada por Satanás, rey del Mal y señor de los Infiernos.

Las quemaduras eran realmente impresionantes.

Estremecedoras.

Elizabeth Holmes debía de estar sufriendo horrores.

De pronto, Buck Nolan vio colarse un murciélago por la puerta, abierta de par en par.

—¡Cuidado, Cynthia...! —chilló, señalando la rata voladora con el brazo.

Cynthia Keith se revolvió como una centella y mostró el crucifijo al murciélago, quien inmediatamente se transformó, adquiriendo la imagen de William Daly.

Como la transformación tuvo lugar en el aire, a más de dos metros de altura, el pequeño y flacucho vigilante nocturno del cementerio de Layton se precipitó contra el suelo, propinándose un batacazo de campeonato.

No se hizo ningún daño, claro.

Desde que se convirtiera en vampiro, sus huesos estaban increíblemente duros y sus músculos tenían la potencia de varios hombres juntos.

De ahí que, apenas estrellarse contra el suelo, se incorporara de un ágil salto y mirara fieramente a Cynthia Keith, mostrando sus colmillos de vampiro.

La joven le amenazó con el crucifijo, acercándoselo.

—¡Atrás...! ¡Atrás, maldito!

William Daly retrocedió, atemorizado y respirando agitadamente, como si se asfixiara.

El temor se lo causaba el crucifijo; los síntomas de asfixia, el penetrante olor de los ajos.

Buck Nolan no perdía de vista a Elizabeth Holmes.

También respiraba fatigosamente, a causa de los ajos.

Pese a ello, y el insufrible dolor que sentía en las nalgas, todavía al descubierto, consiguió incorporarse.

—¡Cynthia! —gritó Buck Nolan.

La muchacha se volvió en el acto.

—¡Atrás tú también, maldita! —ordenó, aproximándole el crucifijo.

La mujer vampiro dio un salto hacia atrás, gruñendo como un lobo furioso.

—¡Fuera de esta casa los dos! ¡Fuera, fuera! —gritó Cynthia Keith, acosándolos con la cruz y el olor de los ajos.

Elizabeth Holmes y William Daly retrocedieron hacia la puerta.

No tenían más remedio que hacerlo.

No podían luchar contra el símbolo del Bien ni continuar en la casa, porque el olor de los ajos casi no los dejaba respirar.

—¡Atrás, atrás, atrás! —seguía gritando Cynthia Keith, sin dejar de acosarlos.

Elizabeth Holmes y William Daly salieron de la casa y corrieron hacia los árboles más próximos.

Desde la puerta, Buck Nolan y Cynthia Keith vieron cómo la pareja de vampiros se convertían en murciélagos y echaban a volar, desapareciendo entre las sombras de la noche.

La periodista volvió a colocar la ristra de ajos y el crucifijo en la puerta, cerrándola seguidamente, con rapidez.

Entonces, ocurrió lo que menos se esperaba Buck Nolan: Cynthia Keith puso los ojos en blanco y se desmayó.

CAPÍTULO XI

Pese a no esperarlo, Buck Nolan reaccionó con la suficiente celeridad como para sostener a Cynthia Keith y evitar que la desvanecida muchacha se estrellara contra el suelo.

—Pobre Cynthia... —musitó, tomándola en brazos.

Le dio un beso en la mejilla y la llevó al salón, depositándola suavemente en el sofá.

Allí le dio varios besos más y le acarició el rostro, muy pálido, y el cabello.

Como la joven no volvía en sí, Buck fue al mueble bar, cogió la botella de coñac, y llenó un par de copas.

El también necesitaba un trago, después de lo sucedido.

Vació su copa de golpe y cogió la otra, la cual acercaba segundos después a los entreabiertos labios de Cynthia Keith, cuya cabeza levantó el escritor cuidadosamente.

—Esto te reanimará, pequeña —dijo, y echó un poco de coñac en la boca de la muchacha.

El fuerte licor, en efecto, hizo volver en sí a la periodista.

Lo malo es que también la hizo toser.

Y con mucha fuerza, además.

Buck Nolan apuntó el techo con el dedo e indicó:

—Mira para arriba y verás un pajarito.

Lo dijo sin pensar, con el solo propósito de que Cynthia Keith levantara la cabeza y así se le pasara la tos, pero la periodista creyó que se había colado otro murciélago en la casa y se volvió a desmayar.

—¿Qué le habrá pasado ahora...? —se preguntó en voz alta el escritor, sin relacionar lo de pajarito con murciélago.

Echó otro traguito de coñac en la boca de Cynthia.

La joven volvió nuevamente en sí, y tuvo otro acceso de tos, provocado por el licor, como la otra Vez.

Antes de que Buck se lo indicara, Cynthia levantó la cabeza y miró el techo, tranquilizándose no poco al ver que no había ningún murciélago revoloteando por él.

Cuando se le pasó el golpe de tos, preguntó:

—¿Dónde está, Buck?

—¿El qué?

—El murciélago que revoloteaba en el techo.

Buck Nolan miró hacia arriba, asustado.

—¿Había un murciélago en el techo, Cynthia?

—Tú lo dijiste, ¿no?

—¿Qué yo...?

—Recuerdo muy bien tus palabras: «Mira para arriba y verás un pajarito».

El escritor respiró tranquilo al oír aquello.

—Ahora comprendo por qué te volviste a desmayar —sonrió.

—¿No había ningún murciélago, Buck...?

—Claro que no.

—¿Y por qué dijiste lo del pajarito...?

—Bueno, es lo que se suele decir, cuando alguien tiene tos y quieres que se le pase —carraspeó Nolan.

La periodista apretó los labios.

—Debería darte una bofetada.

—Lo siento, Cynthia. Yo sólo quería ayudarte.

—Si vuelvo a tener tos, dame palmaditas a la espalda, porque como me vuelvas a asustar diciéndome que si miro para arriba veré un pajarito, te aflojo la muela del juicio de un tortazo —advirtió la joven.

Buck Nolan sonrió contagiosamente.

—Lo tendré en cuenta, cariño.

—¿Por qué me llamas cariño?

—¿No te gusta que te llame así?

Cynthia Keith desfrunció el ceño y sonrió suavemente.

—Sí, sí que me gusta. Me gusta mucho.

Se besaron, aprovechando Buck Nolan la ocasión para deslizar su mano por debajo del suéter de la periodista y acariciar su vientre, liso, suave, cálido.

Cynthia Keith, que seguía echada en el sofá, se estremeció dulcemente y devolvió los mordisquitos que el escritor le daba en los labios.

La mano de Buck ascendió y alcanzó los senos de Cynthia, oprimiéndoselos deliciosamente.

Separaron un instante sus bocas y se miraron a los ojos.

—Me siento feliz a tu lado, Cynthia —confesó Nolan.

—Lo mismo me sucede a mí, Buck —respondió la joven, acariciándole el pelo.

—Nos seguiremos viendo cuando todo esto haya pasado, ¿verdad?

—Si quieres...

—¿Tú no?

—Por supuesto que sí. Me gustas, Buck. Más que ningún otro hombre de los que he conocido. Muchísimo más.

—Tú a mí también me gustas, Cynthia. Y siento una gran admiración por ti.

—¿Por qué?

—Jamás había conocido una mujer tan valiente.

—No te burles.

—¿Burlarme...?

—Me desmayé por dos veces.

—Sí, pero cuando ya todo había pasado. Si estoy vivo es gracias a ti, Cynthia. Elizabeth Holmes me tenía inmovilizado, iba a morderme en el cuello cuando tú le aplicaste el crucifijo en el trasero.

—¿Viste las quemaduras tan horribles que le produjo?

—Sí.
—¿Y cómo el fuerte olor de los ajos dificultaba su respiración y la de William?
—Sí; parecían un par de asmáticos.
—No pueden luchar contra ninguna de las dos cosas. Lo dicen los libros de vampiros y es verdad.
—Eso fue lo que nos salvó, el que tú hubieras leído varios libros sobre vampiros.
—Sí, fue una suerte.
—Te debo la vida, Cynthia. Puedes hacer conmigo lo que quieras.
La periodista sonrió maliciosamente y respondió:
—Prefiero que seas tú el que haga algo conmigo, Buck.
—¿Además de besarte y acariciarte los senos?
—Además.
—Te complaceré con mucho gusto —dijo Nolan, y la tomó en brazos.
Ella le rodeó el cuello con los suyos.
Se dieron un beso y Buck Nolan echó a andar hacia la escalera que conducía a las habitaciones.

* * *

A través del cristal de la ventana de la caseta, dos hombres vigilaban el cementerio de Layton.
Uno de ellos, el de más edad, llamado Harold Birney, era el vigilante de día, a quien, por la muerte de William Daly, se le había pedido que prestara servicio aquella noche.
El otro hombre, joven, alto y fuerte, se llamaba Crown, y era detective de Scotland Yard.
El inspector Felton lo había dejado de guardia en el cementerio de Layton, para proteger a Harold Birney, quien sólo así había accedido a pasar la noche en el sagrado recinto.
Harold tenía miedo.
Mucho miedo.
La misteriosa muerte de William Daly...
La posterior desaparición de su cadáver...
La muerte del médico forense que debía practicarle la autopsia, tan misteriosa como la de William Daly...
Harold Birney estaba enterado porque el inspector Felton había telefoneado al detective Crown y le había informado de lo sucedido.
Desde ese momento, el miedo del vigilante se acentuó, mostrándose terriblemente nervioso.
El detective Crown, en cambio, ponía de manifiesto una envidiable serenidad.
Era un hombre valiente.

Decidido.

De los que no se asustan por nada.

Sus ojos recorrían continuamente las silenciosas tumbas y los altos cipreses que rodeaban el cementerio.

De pronto, vio aparecer dos pájaros por encima de la hilera de cipreses, los cuales fueron a posarse detrás de unas tumbas.

—¿Ha visto eso, Harold? —preguntó, la mirada fija en el lugar donde se habían posado el par de ratas voladoras.

—Si se refiere a los pájaros, sí —respondió el vigilante.

—Parecían dos murciélagos, ¿no?

—Sí, eran murciélagos.

—¿Qué diablos habrán venido a hacer?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

El detective Crown siguió con los ojos fijos en aquel punto del cementerio.

Súbitamente, vio asomar una cabeza por detrás de una de las tumbas, enmarcada en larga cabellera negra.

Si.

Era la cabeza de Elizabeth Holmes.

La mujer vampiro se ocultó rápidamente.

Ya había conseguido lo que pretendía: llamar la atención del detective de Scotland Yard.

Ahora, a esperar que el saliese de la caseta y caminase hacia aquella parte del cementerio.

Entonces...

El detective Crown, que había respingado levemente al ver asomar la cabeza de una mujer joven y hermosa por detrás de una de las tumbas, preguntó:

—¿La ha visto usted, Harold?

—¿Qué?

—¿No ha visto a la mujer que se ha asomado por detrás de aquella tumba? —Crown la señaló con el brazo.

El vigilante dio un nervioso respingo.

—¿Una mujer...?

—Sí.

—Yo... yo no he visto nada...

—Pues, yo sí. Una mujer joven, guapa, morena. Se esconde detrás de la tumba.

—No es posible, Crown.

—Le digo que sí, Harold. Hay una mujer allí, y voy a averiguar quién es y qué diablos hace en el cementerio.

—¡No me deje solo, Crown!

—Si no quiere quedarse solo, venga conmigo.

—¡Tampoco me seduce la idea!

—Haga lo que quiera, Harold —rezongó el detective, empuñando su

pistola y saliendo de la caseta.

Harold Birney dio un saltito de terror.

—¡Espere, Crown! ¡Voy con usted! —gritó, saliendo también de la caseta.

El detective de Scotland Yard caminaba ya hacia el punto del cementerio en donde se ocultaban Elizabeth Holmes y William Daly.

Harold Birney iba detrás, casi pegado a la ancha espalda del policía, con los ojos muy abiertos y la respiración contenida.

Estaban ya muy cerca del lugar, cuando Elizabeth Holmes y William Daly surgieron de pronto.

Ella, con su blanco camisón; él, completamente desnudo.

El detective Crown y Harold Birney se quedaron paralizados por la sorpresa, pues ambos habían visto aquella mañana a William Daly muerto, sin una sola gota de sangre en el cuerpo, y ahora lo tenían ante sus asombrados ojos, vivo.

Harold Birney se llenó de terror.

—¡Ha resucitado...! ¡William Daly ha resucitado...! —chilló, y echó a correr como un loco.

—¡Ve por él, William! —ordenó Elizabeth Holmes.

El pequeño y canijo William Daly se disparó como una flecha en pos del aterrado Harold Birney.

Era increíble.

Ni siquiera Jesse Owens, en sus mejores tiempos, llegó a correr tan rápido.

El detective Crown, saliendo de su perplejidad, apuntó a la espalda de William Daly y gritó:

—¡Deténgase, Daly! ¡Deténgase o disparo!

Como William Daly no se detuvo, Crown apretó el galillo.

Envió tres balas, y las tres se incrustaron en la espalda del que fuera vigilante nocturno del cementerio, pero William Daly no acusó los impactos.

Siguió corriendo con asombrosa velocidad, alcanzó a Harold Birney, lo derribó de un empujón, y saltó sobre él como una fiera.

El atónito detective de Scotland Yard hizo ademán de correr en ayuda de Harold Birney, quien chillaba como una rata, pero entonces oyó la voz de Elizabeth Holmes:

—¡Quieto!

Crown se volvió hacia la hermosa mujer morena.

Un ramalazo de frío le estremeció el cuerpo al descubrir los feroces colmillos de Elizabeth Holmes.

La mujer vampiro avanzó hacia el detective.

Lentamente.

Siniestramente.

Con un brillo satánico en los ojos.

Crown, instintivamente, retrocedió.

—Detente... No te acerques, maldita...

Elizabeth Holmes siguió avanzando hacia él.

El detective apretó nuevamente el gatillo de su arma.

La bala se alojó en el pecho femenino, pero no pasó nada.

La mujer vampiro continuó avanzando hacia el aterrado Crown.

Este disparó otra vez.

Y otra...

Ya no pudo disparar más.

Había utilizado todas las balas.

Y Elizabeth Holmes, tan fresca.

El detective Crown, presa del pánico, intentó huir, pero la mujer vampiro cayó sobre él como una pantera, lo derribó, y lo inmovilizó.

Pocos segundos después, los temibles colmillos de Elizabeth Holmes se clavaban en el cuello del policía y hacían brotar la sangre, que la boca femenina absorbió con avidez.

No lejos de allí, William Daly estaba haciendo lo propio con Harold Birney, aunque menos ávidamente que Elizabeth Holmes, porque él ya había tomado una buena ración de sangre: la de Richard Forrest, médico forense.

CAPÍTULO XII

Buck Nolan entró en su habitación.

Seguía llevando en brazos a Cynthia Keith.

El escritor encendió la luz, cerró la puerta, y depositó a la periodista sobre la cama.

—Encenderé la chimenea —dijo.

—Sí, la habitación esta fría —respondió la joven.

—Desnúdate y metete en la cama.

—No, prefiero esperarte a ti —sonrió Cynthia.

Buck la besó en los labios.

—En seguida estoy contigo, cariño —dijo, y se acercó a la chimenea.

Colocó adecuadamente unos cuantos leños y les prendió fuego.

Como el resplandor de las llamas iluminaba suficientemente la habitación, el escritor apagó la luz.

—Mejor así, ¿verdad? —preguntó a la periodista.

—Mucho mejor —asintió ella.

Buck Nolan se despojó del negro jersey y quedó en camiseta, sentándose así en la cama, junto a Cynthia Keith, que se había descalzado.

La tomó por los hombros y besó cálidamente su boca.

Ella colaboró en la caricia, al tiempo que se subía el delgado suéter de lana, que Buck le ayudó a quitarse.

Cynthia Keith quedó con el torso desnudo.

Buck Nolan bajó la mirada y contempló los jóvenes y altivos senos femeninos, los suaves pezones, las rosadas aureolas... Los tomó entre sus manos y los acarició tiernamente.

—Tienes unos senos preciosos, Cynthia.

—¿De verdad te gustan?

—Son maravillosos.

Cynthia le cercó el cuello con sus brazos y tiró suavemente de él, al tiempo que se dejaba caer hacia atrás, quedó tumbada en la cama y Buck sobre ella, el rostro muy cerca de sus rosados y palpitantes pechos.

El escritor adivinó que la periodista deseaba que se los besara y se apresuró a complacerla, mordisqueando también sus graciosos pezoncillos.

Cynthia gimió de placer y apretó la cabeza de él, musitando:

—Buck, vida mía...

Nolan, entre besos y caricias, la despojó de los pantalones de pana y de la sucinta y delicada braguita lila, dejándola completamente desnuda. Él también se desnudó totalmente.

Continuaron los besos y las caricias, cada vez más ávidas, más apremiantes, hasta que se hizo imperiosa para los dos la necesidad de unir sus cuerpos desnudos íntimamente.

Buck Nolan separó suavemente las piernas de Cynthia Keith y se colocó

entre ellas, para penetrarla e iniciar el acto sexual.

En aquel preciso instante, tan emocionante y tan maravilloso para los dos, se escucharon tres estampidos seguidos.

Buck y Cynthia respingaron a un tiempo.

—¿Qué ha sido eso, Buck...? —exclamó la periodista.

—Yo diría que disparos —adivinó el escritor.

—No han sonado muy lejos de aquí...

—Juraría que en el cementerio.

—¡En el cementerio! —repitió Cynthia, estremeciéndose.

—Sí.

—¡El inspector Felton dejó un detective allí, para proteger a Harold Birney, el vigilante de día que debía prestar servicio también esta noche, en lugar de William Daly!

Todavía flotaban en el aire las palabras de la periodista, cuando se escucharon otros tres disparos, igualmente seguidos.

—Debe ser el detective quien dispara —adivinó Buck Nolan.

—¿Estarán Elizabeth Holmes y William Daly en el cementerio, Buck...?

—Seguro.

—Habrán atacado al detective y al vigilante...

—Me temo que sí.

—La pistola no servirá de nada...

—De nada, nosotros lo sabernos muy bien

—Dios mío, ya deben de estar chupando su sangre —musitó la joven, horrorizada.

—Pobres desgraciados. Nada podemos hacer por ellos. Aunque nos vistiésemos a toda prisa y corriésemos hacia el cementerio, llegaríamos tarde. Hay varios centenares de metros.

—Una cosa sí podemos hacer, Buck.

—¿Qué?

—Avisar al inspector Felton.

—¿Estás dispuesta a contárselo todo?

—Bueno, por el momento sólo le diré que hemos oído disparos en el cementerio. Eso hará que venga inmediatamente a Layton, con algunos de sus hombres. Si, como tú y yo sospechamos, hallan muertos en el cementerio al detective que dejó de guardia y a Harold Birney, le diremos todo lo que sabemos.

—No nos creerá, Cynthia.

—Es posible que no, aunque ahora tenemos una prueba.

—¿Cuál?

—Tu escopeta.

—¿Mi escopeta...?

—Sólo alguien con poderes sobrenaturales podría doblar sus cañones como si fuesen de hojalata.

Buck Nolan asintió con la cabeza.

—Sí, tienes razón, Cynthia. Mi escopeta es toda una prueba. Tal vez consigamos convencer al inspector Felton.

—Ojalá lo logremos. Vamos, apártate de encima de mí; rápido.

—Sí, pero no creas que lo hago con gusto —rezongó el escritor, retirándose.

—Tampoco a mí me gusta tener que interrumpir esto, pero...

—Estábamos en lo mejor, maldita sea.

—Volveremos a estarlo, no te preocupes —sonrió la periodista.

—Espero que sí —suspiró Buck Nolan, resignado.

El y Cynthia empezaron a vestirse con rapidez.

* * *

Hacía algo más de una hora que la joven periodista de La Gaceta Londinense había hablado con el inspector Felton.

Buck Nolan y Cynthia Keith aguardaban en el salón la llegada del inspector de Scotland Yard y sus hombres, quienes ya debían de hallarse en el cementerio de Layton.

De pronto, sonó el timbre de la puerta.

Buck y Cynthia brincaron del sofá.

—Debe ser el inspector Felton —adivinó la periodista.

—Seguro. Vamos a abrir —repuso el escritor.

Caminaron los dos hacia la puerta.

Buck Nolan abrió.

Efectivamente, se trataba del inspector Felton, al que acompañaban cinco hombres, nada menos.

Los seis miraban, extrañados, las ristras de ajos y los crucifijos que colgaban en la puerta y las ventanas de la casa.

El inspector Felton, que frisaba en los cuarenta años de edad, alto y fornido, de rostro duro y enérgico, interrogó:

—¿Qué diablos significa esto?

—¿Se refiere a las ristras de ajos y a los crucifijos, inspector...? —preguntó Cynthia Keith.

—¡Naturalmente que me refiero a eso!

—Es una larga historia, inspector —carraspeó Buck Nolan.

Felton iba a decir algo, pero Cynthia se anticipó, preguntando:

—¿Qué pasó en el cementerio, inspector?

—Harold Birney y el detective Crown están muertos. Sin sangre en el cuerpo. Y los dos tienen esas malditas marcas azuladas en el cuello.

Buck Nolan y Cynthia Keith se miraron.

El escritor, gravemente, dijo:

—Lo suponíamos, inspector.

—¿Por qué?

—Nosotros estuvimos a punto de seguir la misma suerte.

—¿Ustedes...?

—Sí, inspector.

—¿Quién les atacó? ¿Cuándo? ¿Con qué?

Como Buck Nolan dudaba en responder, lo hizo Cynthia Keith:

—Fue Elizabeth Holmes, inspector.

Felton creyó no haber oído bien.

—¿Qué fue quién...?

—Elizabeth Holmes, la mujer que reposaba desde hace más de doscientos años en la tumba que fue abierta por el rayo que cayó anoche en el cementerio. El inspector Felton y sus hombres denotaron el más absoluto de los asombros.

Cynthia Keith, que ya contaba con ello, prosiguió:

—Elizabeth Holmes mató a William Daly, inspector. Le mordió en el cuello y bebió hasta la última gota de su sangre. Por unas extrañas circunstancias que luego le explicaré, William Daly resucitó en el depósito de cadáveres y dio muerte al doctor Forrest, absorbiendo toda su sangre. William Daly escapó por la ventana de la sala de autopsias y vino a Layton, a reunirse con Elizabeth Holmes, quien había pasado todo el día oculta en el sótano de esta casa, sin que Buck Nolan lo sospechara. Elizabeth Holmes intentó acabar con Buck y conmigo, pero, gracias a Dios, supimos cómo defendernos de ella y la obligamos a huir. También a William Daly, que entró en la casa en su ayuda. Ellos mataron a Harold Birney y al detective Crown, inspector. Y bebieron su sangre...

El inspector Felton boqueó, pero no consiguió articular palabra alguna, a causa de su estupor.

Cynthia Keith habló más claro todavía:

—Elizabeth Holmes es una mujer vampiro, inspector. Por eso su cuerpo sigue intacto, después de más de doscientos años de su muerte. Los vampiros, como todo el mundo sabe, aunque casi nadie lo crea, se alimentan de sangre humana. Y, la persona que tiene la desgracia de ser mordida por un vampiro, vuelve a la vida a la noche siguiente de su muerte, convertida también en vampiro. Es el caso de William Daly. Y sucederá lo mismo con el doctor Forrest, el detective Crown y Harold Birney, a menos que les atravesemos el pecho con sendas estacas. Esa es la única manera de acabar con un vampiro. Y tiene que ser de día. De noche, no es posible. Su poder es infinito, desde que oscurece hasta que amanece. Trae tu escopeta, Buck, y cuéntale al inspector Felton por qué se partió su culata y quién dobló sus cañones como si fueran de mazapán.

Buck Nolan fue en busca del arma, regresando rápidamente con ella.

Se la mostró a Felton, explicando:

—Los cañones los dobló Elizabeth Holmes con sus manos, inspector. Los vampiros tienen una fuerza increíble. Y los huesos muy duros. La culata se partió cuando golpeé con ella el cráneo de la mujer vampiro. Y ella se quedó tan pancha.

El inspector de Scotland Yard seguía sin poder hablar.

Buck Nolan añadió:

—Minutos antes, disparé mi escopeta contra William Daly, pero, aunque no erre ninguno de los dos tiros, el tipo se quedó tan fresco. Un instante después, se convirtió en un murciélago y emprendió el vuelo, desapareciendo. También Elizabeth Holmes se transformó en murciélago, cuando Cynthia la obligó a salir de esta casa, junto con William Daly, amenazándolos a los dos con un crucifijo. Este que cuelga de la puerta, precisamente. En cuanto a los ajos...

Fue Cynthia Keith quien sustituyó al escritor en la palabra, explicando al inspector Felton lo de los ajos y los crucifijos, contándole lo que pasó cuando ella aplicó el crucifijo en las desnudas nalgas de Elizabeth Holmes.

El miembro de Scotland Yard se resistía a creer lo que estaba oyendo, pero a cada minuto que pasaba se hallaba más convencido de que Buck Nolan y Cynthia Keith decían la verdad.

Era, además, la única explicación para todo lo sucedido.

No había otra.

El ataúd vacío de Elizabeth Holmes...

Los cuerpos sin vida y sin sangre de Richard Forrest, Harold Birney y el detective Crown...

El de William Daly, desaparecido aquella misma noche del depósito de cadáveres...

Los cañones de la escopeta, doblados como si fueran de plástico...

Sí.

Tenía que admitir como verdadera la historia del escritor y la periodista, por fantástica que pareciera.

Existían los vampiros.

Y estaban en Layton.

Multiplicándose con rapidez.

Y todos parecían tener la misma consigna: morder al prójimo, para beber su sangre.

¿Podía haber un horror mayor...?

El inspector Felton se pasó la mano por el rostro, visiblemente pálido, y preguntó;

—¿Tienen idea de dónde pueden encontrarse en este momento Elizabeth Holmes y William Daly?

—No, inspector —respondió Cynthia Keith—. Y es inútil buscarlos de noche. Ni todo un ejército lograría dar con ellos. Hay que esperar a que amanezca.

—Pero...

—Si lo que teme es que sigan matando, tranquilícese. Por esta noche, no creo que ataquen a nadie más. William Daly absorbió toda la sangre del cuerpo del doctor Forrest. Más tarde, él y Elizabeth Holmes bebieron la sangre del detective Crown y de Harold Birney. Deben de estar saciados.

—Me gustaría estar seguro de eso.

—Ya verá como Cynthia está en lo cierto, inspector —intervino Buck Nolan—. Sabe mucho de vampiros.

Felton lanzó un suspiro.

—De acuerdo, empezaremos a buscarlos tan pronto como amanezca.

CAPÍTULO XIII

Algunos minutos después, el inspector Felton y sus hombres montaban en sus coches y se marchaban, para volver al día siguiente, al amanecer, y emprender la búsqueda de Elizabeth Holmes y William Daly.

Una búsqueda que debía dar sus frutos antes de que anocheciera, porque si no...

El inspector Felton había sugerido a Buck Nolan y Cynthia Keith que regresaran a Londres con ellos, pero el escritor y la periodista prefirieron quedarse en la casa, manifestando que, habiendo ristras de ajos y crucifijos en la puerta y en las ventanas, no corrían ningún peligro.

Felton los llamó valientes a los dos y no insistió.

Tan pronto como los coches de los policías se perdieron de vista, Buck Nolan cerró la puerta y él y Cynthia Keith regresaron a su habitación, deliciosamente caldeada ya por el fuego de la chimenea.

—Ahora sí que se está bien aquí, Buck —dijo la periodista.

—Antes también estábamos bien, pero nos interrumpieron —respondió el escritor.

Cynthia rio.

—Yo me refiero a la temperatura, tonto.

—Y yo a lo otro, que es mucho más interesante —repuso

Buck, abarcándola por la cintura, atrayéndola hacia sí, y besándola fogosamente en los labios.

Así se reanudó lo que antes se vieron obligados a interrumpir.

Tan sólo cinco minutos después, yacían los dos en la cama, totalmente desnudos.

Besos...

Abrazos...

Caricias...

Algún que otro mordisquito...

Y, finalmente, la unión sexual, con la que gozaron los dos extraordinariamente, durmiéndose después el uno en brazos del otro, plenamente satisfechos.

* * *

Todavía faltaban unos minutos para las cinco, cuando Buck Nolan despertó a Cynthia Keith.

Como lo hizo con tiernos besos y dulces caricias, la periodista preguntó:

—¿Te apetece hacer nuevamente el amor, cariño?

—Sí, pero no tenemos tiempo.

—¿Qué hora es?

—Casi las cinco. El inspector Felton y sus hombres no tardarán en llegar, y

debemos estar a punto.

—Sí, tienes razón. Es una lástima, pero el deber es antes que el placer.

—¿También a ti te apetecía repetir lo de anoche?

—¡Claro! Fue realmente maravilloso, Buck.

—Tú sí que eres maravillosa —repuso el escritor, y la besó en los labios.

Sin recrearse demasiado, porque no quedaba tiempo para ello.

Tras el beso, saltaron los dos de la cama y empezaron a vestirse, abandonando la habitación poco después.

El desayuno fue muy ligero: café y tostadas con mermelada.

Estaban apurándolo, cuando llegaron el inspector Felton y sus hombres.

Felton, en esta ocasión, llegó acompañado de una docena de detectives.

Y, si iba pasando el tiempo, y no lograban encontrar a Elizabeth Holmes y William Daly, haría venir más hombres.

Todos los que fuesen necesarios.

Tenían que hallar a la pareja de vampiros antes de que llegase la noche, costase lo que costase.

Buck Nolan y Cynthia Keith se pusieron a las órdenes del inspector Felton, después de enfundarse la periodista su chaquetón de piel y el escritor una cazadora de cuero negra.

Felton distribuyó a su gente por parejas y él se unió a la formada por Buck y Cynthia.

Armados todos con estacas y martillos, se dispersaron, tomando cada pareja una dirección distinta, aunque continuamente estarían en contacto por medio de los transmisores.

Dio comienzo la batida a la región.

Parecía una cacería.

Y, en cierto modo, lo era.

Una cacería de vampiros.

Si un par de días antes le hubiera dicho alguien al inspector Felton que él iba a organizar y dirigir una cacería de vampiros, se hubiese mondado de risa.

Ahora, sin embargo, ni siquiera sonreía.

La cosa era demasiado seria.

* * *

Llevaban ya más de tres horas batiendo los alrededores de Layton, registrando cada cueva, cada casa abandonada, cada posible escondite, pero todavía no habían dado con Elizabeth Holmes y William Daly.

El inspector Felton, que empezaba a ponerse nervioso, consciente de su responsabilidad, ordenó ampliar la zona de la batida y se prometió a sí mismo que, si en las próximas tres horas no daban con la pareja de vampiros, llamaría a dos docenas más de hombres.

Estaba a punto de cumplirse la sexta hora de batida, cuando el inspector Felton, Buck Nolan y Cynthia Keith descubrieron un viejo molino.

Caminaron los tres hacia él.

La periodista de La Gaceta Londinense no quiso decir nada, pero un sexto sentido parecía advertirle que Elizabeth Holmes y William Daly se escondían allí, en aquel viejo y solitario molino, y eso la hizo palidecer.

Buck Nolan, dándose cuenta de ello, la tomó del brazo y preguntó:

—¿Te ocurre algo, Cynthia?

—No, nada.

—Te has puesto pálida.

—¿De veras?

El inspector Felton observó a la muchacha.

—Sí, es cierto. Está usted pálida, Cynthia. ¿No se siente bien?

—Un poco cansada, sólo eso —respondió ella.

—Esto es muy duro para usted, lo comprendo.

Cynthia forzó una sonrisa.

—No se preocupe, inspector. Estoy bien.

—Entremos en este viejo molino, pues.

Felton, Nolan y Cynthia penetraron en el molino y empezaron a registrarlo. Al fondo, descubrieron una especie de trampilla, que el miembro de Scotland Yard se encargó de levantar, procurando causar el menor ruido posible.

Quedó visible una corta escalera de madera.

—Bajemos —indicó Felton, a media voz, como si también él intuyera que por fin habían dado con el escondrijo de la pareja de vampiros.

Fue el primero en descender a aquella especie de cueva que el viejo molino tenía bajo su suelo, perfectamente disimulada.

La oscuridad allí abajo, de no ser porque la trampilla estaba levantada, hubiese sido absoluta.

Buck Nolan fue el segundo en bajar a la cueva.

Finalmente, lo hizo Cynthia Keith.

Felton y Nolan tenían los ojos fijos en el bulto blanco que se vislumbraba al fondo de la cueva.

Podía ser el camisón de Elizabeth Holmes.

Cautelosamente, el inspector de Scotland Yard, el escritor y la periodista, se adentraron en la cueva, cuyo suelo estaba cubierto de paja, húmeda, porque húmedo era aquel magnífico escondrijo.

Los ojos de los tres se acostumbraron a la penumbra de la cueva, y ya pudieron distinguir claramente los cuerpos de Elizabeth Holmes y William Daly, el de éste sin ropa alguna.

Dormían los dos profundamente, tumbados sobre la paja, boca arriba, los brazos extendidos a lo largo del cuerpo, las piernas muy juntas.

El inspector Felton, Buck Nolan y Cynthia Keith los contemplaron durante casi un minuto, en silencio, el aliento contenido.

Después, sin musitar palabra alguna, hablando sólo por señas, Felton y Nolan se acercaron aún más a la pareja de vampiros, colocaron sus respectivas estacas sobre el pecho de aquellos hijos del Mal, sin llegar a

rozarlo con las afiladas puntas, y levantaron los martillos.

Miraron un instante a Cynthia Keith.

La joven asintió con la cabeza.

El inspector Felton y Buck Nolan descargaron los martillos a un tiempo, con todas sus fuerzas.

La estaca de Felton se incrustó en el pecho de William Daly; la de Nolan, en el de Elizabeth Holmes.

Los dos vampiros abrieron los ojos de golpe y lanzaron sendos y espeluznantes aullidos, cuando ya de sus perforadas cajas torácicas brotaban sendos chorros de sangre, que salpicaban los rostros y las ropas del inspector de Scotland Yard y del escritor.

Cynthia Keith también chilló, pero de horror.

Felton y Nolan golpearon de nuevo con sus martillos, hundiendo más las estacas en los pechos de los vampiros, quienes las aferraron con sus manos, con intención de arrancarlas.

No pudieron.

Ya no tenían fuerzas suficientes.

Felton y Nolan siguieron descargando sus martillos, y las estacas se clavaron más y más, atravesando totalmente las cajas torácicas de los vampiros.

William Daly murió muy pronto, y con la muerte desapareció la fiereza de su expresión, el brillo diabólico de sus ojos, así como también sus feroces colmillos de vampiro, que recobraron su tamaño normal.

El fin de Elizabeth Holmes fue muy distinto, porque ella no llevaba solamente dos días muerta, como William Daly, sino más de doscientos años. La sangre que brotaba impetuosamente de su pecho se tomó oscura, hasta volverse muy negra, y un hedor repugnante impregnó el aire de la cueva.

La sangre de la mujer vampiro olía a excrementos.

A podredumbre.

A descomposición.

Elizabeth Holmes, con las fauces abiertas de par en par, aullaba y aullaba como un animal.

De pronto, la blanca y tersa piel de su rostro se arrugó, tornándose amarillenta, y de cada uno de sus poros empezó a brotar un jugo pestilente.

Todo su cuerpo empezó a descomponerse.

La carne de sus labios desapareció en sólo unos segundos, dejando al descubierto sus encías, que también se deshicieron, desprendiéndose todos sus dientes.

Los huesos de su nariz estaban al descubierto.

Y los de sus pómulos.

Y los maxilares...

El rostro de Elizabeth Holmes era ya una pura calavera.

Su largo y hermoso pelo negro se había tornado blanco y tieso, y se le iba desprendiendo poco a poco del cráneo.

Muy poco tiempo después, el cuerpo de la mujer vampiro era sólo un esqueleto.

Un esqueleto que también desapareció, al descomponerse los huesos y convertirse en polvo.

Eso fue lo único que quedó de Elizabeth Holmes: polvo.

Fue el fin de la pesadilla.

El fin del horror.

EPÍLOGO

El cuerpo de William Daly fue llevado a Londres.

Al depósito de cadáveres.

Allí estaban también los cuerpos de Richard Forrest, Harold Birney y el detective Crown, esperando la llegada de la noche para volver a la vida convertidos en vampiros.

No iba a ser así, porque sus pechos fueron atravesados con estacas por el inspector Felton y Buck Nolan.

Luego, sus cuerpos, junto con el de William Daly, fueron incinerados, siguiendo las indicaciones de Cynthia Keith.

Así debía hacerse.

La periodista lo había leído en los libros de vampiros.

Cuando todo acabó, el inspector Felton pidió a Cynthia Keith que no contara en su periódico nada de lo sucedido.

La petición del miembro de Scotland Yard estaba de más, pues la periodista no pensaba escribir una sola palabra sobre los sucesos de Layton.

¿Para qué, si nadie la iba a creer?

Sólo conseguiría que los lectores de La Gaceta Londinense se riesen de ella.

Y sus compañeros de trabajo.

Y el propio director.

Hasta era posible que la despidieran.

Lo dicho: no escribiría una sola palabra sobre vampiros.

Quien si pensaba escribir sobre ellos era Buck Nolan.

Tenía una magnífica historia para contarla en su nuevo libro.

Y una historia real, no de ficción.

Una historia vivida por él.

Estaba seguro de que entusiasmaría a sus lectores, creyesen o no en la existencia de los vampiros.

El éxito estaba asegurado.

Cynthia Keith también lo creía así.

Ella y el escritor habían vuelto a la casa de Layton, donde pensaban pasar una semana entera.

La periodista había pedido siete días de permiso.

Los necesitaba, para recuperarse de las muchas e intensas emociones vividas en aquel fin de semana.

Lo mismo le sucedía a Buck Nolan.

Pasaron los dos una semana maravillosa.

Al término de aquellas cortas, pero deliciosas vacaciones, Buck Nolan propuso:

—¿Quieres casarte conmigo, Cynthia?

Cynthia Keith, radiante de felicidad, respondió:

—Sí, Buck.

Se besaron larga y profundamente.

Y, como se hallaban en la cama, desnuditos los dos, pocos minutos después estaban haciendo el amor.

FIN